

HISTORIOGRAFÍA Y POSTMODERNIDAD: LA TEORÍA DE LA REPRESENTACIÓN DE F. R. ANKERSMIT (1)

AITOR MANUEL BOLAÑOS DE MIGUEL

UNIR

aitor.bolanos@gmail.com

(Recepción: 02/12/2009; Revisión: 06/04/2010; Aceptación: 15/12/2010; Publicación: 30/03/2011)

1. INTRODUCCIÓN.—2. LA CONCEPCIÓN ESTÉTICA DE LA REPRESENTACIÓN: A. C. DANTO Y E. H. GOMBRICH.—3. EL *RAPPROCHEMENT* ESTÉTICO EN LA TEORÍA HISTORIOGRÁFICA DE F. R. ANKERSMIT.—4. REPRESENTACIÓN *SUSTITUTIVA*, HISTORIOGRAFÍA POSTMODERNA Y CRÍTICAS ACADÉMICAS.—5. LA PROPUESTA DE UNA HISTORIOGRAFÍA POSTMODERNA, ALGUNAS CONCLUSIONES.—6. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

Este artículo tiene el propósito de analizar la teoría estética de la representación historiográfica de Franklin Rudolph Ankersmit. Para ello, en primer lugar, presentaré unas reflexiones previas sobre la disciplina. A continuación, examinaré la obra precursora de Arthur C. Danto y de Ernest H. Gombrich, que tanto ha influido en la concepción de Ankersmit. En tercer lugar, investigaré la aproximación que propone Ankersmit entre la historiografía, la literatura y la estética como alguna de sus críticas, especialmente la de Perez Zagorin. Finalmente, terminaré con una consideración general sobre lo que se podría considerar esencial en la propuesta historiográfica postmoderna.

Palabras clave: postmodernidad; historiografía; F. R. Ankersmit; representación histórica.

(1) Quiero expresar mi agradecimiento al profesor F. R. Ankersmit por sus estimulantes comentarios y críticas, por facilitarme el acceso a su obra, así como por enviarme una versión de su próximo libro, *The Semantics of Historical Representation*, que me ha sido de inestimable ayuda. Gracias también a Marisa González de Oleaga, Francys García Cedeño, Eva Sanz Jara y Arantxa Bolaños de Miguel.

HISTORIOGRAPHY AND POSTMODERNISM: F.R. ANKERSMIT'S THEORY OF REPRESENTATION

ABSTRACT

This article analyses F. R. Ankersmit's aesthetic theory of historical representation. After some preliminary thoughts on the discipline, I examine the work of Arthur C. Danto and Ernst H. Gombrich, both of which were an important influence for Ankersmit. Then I present the rapprochement between historiography, literature and aesthetics proposed by Ankersmit, alongside with some of the criticism it aroused, namely by Perez Zagorin. The article concludes with a general assessment of the essential core of postmodernist historiography.

Key words: postmodernism; historiography; F. R. Ankersmit; historical representation.

* * *

«The statement is epistemological, the text is representational»

F. R. Ankersmit

1. INTRODUCCIÓN

Este texto tiene el propósito de analizar una de las más interesantes propuestas que sobre la naturaleza y la utilidad del conocimiento histórico ha aparecido en los últimos años (2): la teoría estética de la representación historiográfica de Franklin Rudolph Ankersmit. Para ello, en primer lugar, presentaré unas reflexiones previas sobre la disciplina. A continuación, examinaré la obra precursora de Arthur C. Danto y de Ernest H. Gombrich, que tanto han influido en la concepción de Ankersmit. En tercer lugar, investigaré tanto la aproximación (*rapprochement*) que propone Ankersmit entre la historiografía, la literatura y la estética, siguiendo la estela de la obra precursora de Hayden White (3), como alguna de sus críticas, especialmente la de Perez Zagorin; y terminaré con una consideración general sobre lo que se podría

(2) MEGILL, A. (2007): *Historical Knowledge, Historical Error: A Contemporary Guide to Practice*, University of Chicago Press, Chicago; TUCKER, A. (2004): *Our Knowledge of the Past: A Philosophy of Historiography*, Cambridge University Press, New York; GORMAN, J. (2008), *Historical Judgement: The Limits of Historiographical Choice*, McGill-Queen's University Press, Montreal, Kingston e Ithaca; DAVIES, M.L. (2006): *Historics. Why history Dominates Contemporary Society*, Routledge, Abingdon y New York — BOLAÑOS DE MIGUEL, A.M. (2007): «Figuras del pasado: obsesión, cadenas y horizontes», *Historia y Política*, 17, pp. 255-263—.

(3) Vid. ANKERSMIT, F.R., DOMASNKA, E. y KELLNER, H. (2009); SUTERMEISTER (2005); VANN (1998); y TOZZI (2010).

considerar esencial en la propuesta historiográfica postmoderna, incluida la de F.R. Ankersmit.

La historiografía fomenta constantemente una serie de debates en el seno (e incluso en los márgenes) de la profesión, con todas aquellas corrientes que someten a crítica o a revisión algunos de sus presupuestos, teorías y métodos. Siguiendo a Ankersmit, lo que se consigue con dichos debates es la proliferación de tesis interpretativas (*interpretative theses*) que es lo que serían, básicamente, las obras de los historiadores (4). Y ello es porque, como afirma Ankersmit, la indagación histórica no tiene un carácter meramente cognitivo, si no que es, esencialmente, una propuesta de cómo debe ser visto el pasado (5).

El marco general, en el que se viene situando el conjunto de debates contemporáneos sobre la historiografía, está constituido por la crítica de la concepción tradicional del lenguaje, llevada a cabo en el contexto del llamado *linguistic turn* (6), según la cual el lenguaje no es un vehículo transparente y neutro a través del cual el historiador pueda proporcionar una representación objetiva del pasado (7). Como argumenta Frank Ankersmit, el pasado se halla cubierto de una «densa corteza» (*thick crust*) de productos lingüísticos (interpretaciones, narraciones y representaciones), y el debate historiográfico, en general, y el postmoderno, en particular, se refiere tanto a los componentes de dicha corteza historiográfica como al pasado mismo, que se oculta debajo (8). La postmodernidad afirma, con carácter general, que la historiografía no es si no el conjunto de representaciones *sobre* el pasado y que predicar de ellas algo así como una veracidad u objetividad neutras y absolutas sería contradecir su propia naturaleza interpretativa, narrativa y, a la postre, estética. En el marco de reflexiones postmoderno, la descripción y explicación historiográficas han dejado paso a un movimiento interpretativo; la historiografía causal y estructural han abierto el camino a la recuperación de la narrativa; y, por último, la representación mimética o especular (9) de la realidad ha sido reemplazada por la representación *sustitutiva* (10) o, directamente, por una postura antirrepresentacionista (o representacionista sin esencias) como la que defiende Rorty (11).

Para la historia del arte, la crítica literaria y la historiografía tradicional, la teoría de la representación (12) ha sido reconocida, durante largo tiempo, como

(4) ANKERSMIT (1994c): 42.

(5) «Historical insight has no cognitive character but is essentially a proposal as to how the past should be looked at», en ANKERSMIT (1994d): 95. Todas las traducciones, de las cuales no se especifique la fuente, son nuestras.

(6) ANKERSMIT (2000) y ANKERSMIT (2001a): 30 y ss.

(7) BERKHOFER (1997): 17; CLARK (2004): 4 y 125 y ss.; LEE KLEIN (2000): 79 y ss.; SPIEGEL (2005): 35 y ss. Seguimos también el artículo de JOHN TOEWS (1987): 881 y 882.

(8) ANKERSMIT (1986): 26.

(9) Vid. JAY (2008).

(10) Vid. ZAMMITO (2009): 70 y ss.

(11) SUKLA (2001): 121 y ss.

(12) Vid. una excelente introducción sobre la representación en WILLIAMS (2003).

el problema central de sus disciplinas: encontrar y justificar los mecanismos a través de los cuales el pintor, el escritor y el historiador pueden producir y ofrecer representaciones de la realidad (13). De estas representaciones se predicaba, o bien su naturalismo, o bien su realismo o bien su objetividad, respectivamente. En el caso de la historia, se trataba de representaciones «verídicas», «veraces», del pasado, que era considerado el referente último de tales representaciones, obviando la naturaleza epistemológicamente conflictiva de las fuentes históricas y de las mismas narrativas historiográficas, que organizan el «conocimiento» sobre el pasado, además de ofrecer interpretaciones. La teoría de la imitación, tal y como fue entendida y desarrollada desde Aristóteles, fue durante mucho tiempo el instrumento teórico-práctico utilizado para la justificación de la validez y la pertinencia de las representaciones. Sin embargo, en el contexto del debate postmoderno, los textos historiográficos se consideran *interpretaciones narrativas* sobre el pasado, no la descripción *exacta y neutral* de dicha realidad. Esto implica, por un lado, abandonar el lenguaje de la descripción y de la explicación historiográfica (como ya hemos apuntado) y, por otro, reconocer que, con todos sus problemas e imprecisiones, el lenguaje que mejor define la tarea del historiador es el de la representación, es decir, hacer de nuevo presente algo ausente (14). Esta es la premisa básica de la obra de Ankersmit cuando afirma que la disciplina histórica no nos ofrece más que representaciones sobre el pasado (15).

Desde Ranke, Droysen, Seignobos y Langlois, el historiador ha trabajado con una concepción *imitativa* y especular de la verdad y del conocimiento. Recientemente, como digo, la historiografía postmoderna (16), la antropología y la llamada Nueva Historia Cultural —entre otras disciplinas— se han planteado una revisión crítica de esta concepción tradicional de la representación (17) y de la supuesta veracidad de dichas representaciones.

Según Rorty, la filosofía actual ha desarrollado una concepción crítica de la relación tradicional entre la verdad, la ciencia, la razón y la realidad (18).

(13) Vid., por ejemplo, el análisis de ANKERSMIT (2003c).

(14) ANKERSMIT (2006): 328. En este artículo, y siguiendo a Eelco Runia, Ankersmit intenta relacionar la representación con el huidizo concepto de «presencia». Vid. también, RUNIA (2006b); GUMBRECHT (2005); RUNIA (2006a); y GINZBURG (2000): 85 y ss.

(15) ANKERSMIT (2001a): 11.

(16) Vid. ANKERSMIT (1994b): este artículo es una espléndida muestra de la clase de historia intelectual que practica el propio Ankersmit. Vid. también WINQUIST (1998).

(17) HUNT (1989): 16 y 17; FAY, B., POMPER, Ph. y VANN, R.T. (1998); y PALLARES-BURKE (2002).

(18) RORTY (1989). En relación con las distintas concepciones sobre la «verdad» en el siglo XX, vid. NICOLÁS (1997). Según los autores, existen dos grandes corrientes filosóficas sobre la verdad, la que vuelve hacia lo real, con Husserl, y la que se centra en el estudio del lenguaje como instrumento básico de *creación* de verdad. De hecho, Gadamer, por ejemplo, afirma que el ser es el lenguaje («Gadamer's thesis that being can be understood as language», en ANKERSMIT (2001a): 160). Los autores rastrean también tres de las raíces del concepto «verdad»: la *aletheia* (verdad

Derrida es, en este sentido, un autor imprescindible (19). De esta manera, las concepciones postmodernas sobre la representación no se construyen sobre la creencia de que las ciencias, y en concreto la historiografía, representan la realidad, descubriendo sus elementos y características. De hecho, la postura de Richard Rorty, por ejemplo, es constructivista, en el sentido en que lo entiende Ankersmit. Para este último autor, como para Oakeshott, Collingwood y Goldstein, la historiografía se ha enfrentado de una manera completamente nueva al auténtico desafío del oficio, que es el conocimiento de una realidad pasada que, por su propia naturaleza, ya no existe, ya no se puede observar, ya no se puede *experimentar* (20), ya que, a nuestra disposición, solo tenemos los restos con que el pasado nos tienta, nos reclama su atención (21). Según Ankersmit, aquello que la historiografía presenta como una descripción imparcial del pasado, es en realidad una *construcción* de los propios historiadores.

El *constructivismo* afirma que los historiadores basan sus investigaciones y su conocimiento de la realidad pasada en todas aquellas *huellas* que el pasado nos ha dejado, pero estas huellas son las *fuentes* de la historiografía y no el pasado en *sí mismo* (22). Son las fuentes de la historia (de la *historiografía*) pero no la *historia* misma (he aquí el ejemplo típico de la confusión entre la historia y la historiografía o entre la historia y el mismo pasado). Para dicha corriente, la historiografía es entendida como el conjunto de las diversas construcciones lingüísticas propuestas para interpretar el pasado. En este punto, como afirma Ankersmit, «la epistemología es oportuna para la filosofía de la investigación histórica, pero no es importante para la filosofía del escrito histórico ni para la filosofía de la interpretación narrativa» (23).

De hecho, la historiografía tradicional se ha venido desarrollando sobre los epitafios del pasado. Allí donde la historia (*history*), ausente, dejaba epita-

conectada con la realidad: verdad en relación con lo que está presente, frente a lo imaginario y al pasado), *veritas* (verdad como autenticidad, como fiabilidad), y *adecuatio* (verdad como correspondencia con lo que las cosas son). En Blumenberg —BLUMENBERG (2003): 49 y ss.— encontramos una reflexión terminológica muy interesante sobre el concepto «verdad», cuya más utilizada definición considera que la verdad es *veritas est adecuatio rei et intellectus* (la verdad es la adecuación entre el objeto y el entendimiento). Desde este punto de vista, existen dos líneas fundamentales en la reflexión teórica sobre la verdad: el *representacionalism* (la línea aristotélica) y el llamado *deformativism* (la línea hegeliana): vid. NOWAKOWA (1990): 31. Para la primera, la verdad consiste en una representación exacta de la realidad mientras que, para la segunda, la verdad consiste en una *deformación* de la realidad en términos de lo que es esencial y lo que es secundario.

(19) Vid. DERRIDA (1998).

(20) ANKERSMIT (1996a): 37: «All our knowledge of reality has its ultimate source in experience». En este artículo, y en su obra posterior, Ankersmit presenta una auténtica defensa de la «experiencia histórica», a la sombra del maestro Huizinga: vid. ANKERSMIT (2005a).

(21) JAY (2005).

(22) Vid. JENKINS, K. y MUNSLow, A. (2004). Los autores dividen la historiografía actual en cuatro apartados: *Reconstructionism, Constructionism, Deconstructionism and Endisms*; vid. BUTLER (2001): 85 y ss.

(23) ANKERSMIT (1994c): 37.

fio (24), la historiografía ha contado su historia (*story*). De alguna manera, el historiador se comportaba como el detective tradicional de las novelas de misterio que, una vez encontrado el cadáver, debía reconstruir todo el proceso que había desencadenado el crimen, yendo de las consecuencias a las causas. De esta manera, la descripción de las circunstancias y la explicación de las causas eran los objetivos fundamentales del historiador. Sin embargo, como afirma Ankersmit, «el historiador es, esencialmente, algo más que el detective de Collingwood en busca del asesino de Juan Nadie» (25). La idea básica en este punto, siguiendo a Ankersmit, es que los historiadores hacen algo más que establecer, describir y explicar hechos individuales (que es la tarea propia de un detective): admiramos la obra de los grandes historiadores por sus descripciones y explicaciones pero, sobre todo, por las interpretaciones panorámicas que nos ofrecen de grandes períodos espacio-temporales del pasado (26).

En este sentido, la postmodernidad no busca un sustituto de la epistemología tradicional, un cambio de paradigma, si no que, como afirma Rorty, produce una liberación respecto de la idea de que la filosofía o la ciencia (incluida la historiografía) deben centrarse en el descubrimiento de un método definitivo de investigación. Por ello, la filosofía del lenguaje, el giro lingüístico y el desarrollo de la teoría contemporánea de la ciencia, en la versión del realismo científico propuesto por Sellars, Feyerabend, Morín o Prigogine, nos han enseñado a ver la ciencia y la historiografía como un conjunto de discursos *privilegiados* sobre la realidad. Tanto Ankersmit como Rorty afirman que debemos sustituir la concepción de «la verdad sobre la realidad bajo una perspectiva (bajo una *descripción*, utiliza Rorty) privilegiada» por una concepción de la verdad sobre la realidad entendida como múltiples discursos bajo determinados contextos.

Volviendo al comienzo de esta introducción, Ankersmit resume esta posición con las siguientes palabras: «las certezas de las reglas epistemológicas han dado paso al debate historiográfico» (27). La historiografía no posee, como afirma Ankersmit, un carácter puramente cognitivo: es, esencialmente, una propuesta de cómo debe verse el pasado, lo que incluye una intención estética, interpretativa e ideológica. La historiografía no es mero conocimiento si no más bien una determinada organización de ese conocimiento (28). De la misma manera, para Rorty, el intento de acabar con el debate, con la conversación y con el juego de la interpretación, «haciendo propuestas de conmensuración universal mediante la hipostatización de un conjunto privilegiado de descripciones» científicas y/o historiográficas, debe dejar paso a una concepción crítica respecto a la idea de la mente como un espejo limpio de la realidad. Los

(24) Es decir, fuentes de todo tipo: documentos, monumentos, testimonios de supervivientes y de testigos, restos arqueológicos, obras de arte, edificios, memorias colectivas, etc.

(25) ANKERSMIT (1994c): 35.

(26) ANKERSMIT (1986): 11; y COHEN (2006).

(27) ANKERSMIT (1994d): 95.

(28) ANKERSMIT (1994d): 95.

objetivos e intereses de la filosofía edificante, que es la empresa en la que Rorty está embarcado, es promover la conversación, el debate y la interpretación, más que encontrar la esperada y anunciada verdad objetiva (29). Frente a la concepción historiográfica tradicional, que privilegiaba la representación auto-calificada de «objetiva», «veraz» y «total» (30) (basada en el análisis de las fuentes, en la descripción y explicación de los procesos y las causas, y en la representación *especular* de la realidad) aparece nada más que la *representación* histórica, tal y como la entiende Ankersmit, una representación que es, a la vez, narrativa e interpretativa.

2. LA CONCEPCIÓN ESTÉTICA DE LA REPRESENTACIÓN:

A.C. DANTO Y E.H. GOMBRICH

Franklin Ankersmit afirma que el término *representation* proviene de la reflexión estética contemporánea (31). Básicamente, podemos hablar de dos teorías sobre la naturaleza de la representación estética en este contexto: la teoría de la representación como correspondencia (*resemblance*) y la teoría de la representación como sustitución (*substitution*) (32). De acuerdo con la primera teoría, una representación debe corresponder, debe parecerse a lo que representa. Ankersmit reconoce tres problemas fundamentales en esta teoría de la representación, tan convincente a primera vista y que durante tantos años ha sido la dominante en el ejercicio y la reflexión historiográfica. En primer lugar, tanto Ankersmit, como Gombrich y Danto, han demostrado que, en la historia de las artes visuales, de donde procede esta concepción de la representación (y todas las metáforas visuales del conocimiento) (33), no existe un criterio de correspondencia aceptado ni aceptable de manera general. De hecho, cada estilo artístico puede ser definido como un conjunto de criterios distintos sobre cómo debe entenderse (y practicarse) dicha correspondencia. Y el problema aquí es, como nos recuerda Ankersmit, que no podemos propugnar una teoría de la representación como correspondencia si no tenemos un criterio fiable para realizar y juzgar dicha correspondencia. En segundo lugar, Nelson Goodman ha explicado que la teoría de la correspondencia, al relacionarse con el realismo, deviene en varias conclusiones absurdas (34). En tercer lugar, si afirmamos que las pa-

(29) RORTY (1989): 340.

(30) Una crítica feroz de esta concepción de la representación, en RORTY (1989): 157 y ss.

(31) «Lastly, “representation” is a primarily aesthetic term», en ANKERSMIT (2001a): 284.

(32) Una concepción que podemos encontrar en Edmund Burke, William James, Hans Georg Gadamer, Ernest Gombrich y Arthur C. Danto, como nos recuerda el propio Ankersmit.

(33) JAY (2008).

(34) «For if we have (1) Blenheim Palace, (2) a painting of the palace, and (3) a painting of the duke of Marlborough, the resemblance theory would urge us to see (2) as a representation of (1) rather than of (3). But paintings resemble each other more closely than they resemble what they represent: one piece of canvas with dots of paint on it resembles another such piece of canvas

labras y las afirmaciones sobre la realidad no representan (no se identifican con) aquello a lo que se refieren, la teoría de la correspondencia no puede ser aplicada al lenguaje como medio para representar la realidad: la representación no puede reducirse a una «objetiva» descripción y a una «exacta» explicación ya que incluye un insoslayable componente interpretativo y creativo. En palabras de Robert Rosenstone, «el lenguaje no es transparente y no puede reflejar el pasado tal como fue; más que reflejarlo, el lenguaje crea y estructura la historia y le confiere significado» (35). Así, siguiendo la propuesta de Ankersmit, tenemos un replanteamiento crítico de los conceptos clásicos de la teoría del lenguaje: referencia, significado y verdad (36).

Sin embargo, después de este aparente *cul-de-sac*, aún nos queda considerar las posibilidades de una teoría de la representación historiográfica desde el punto de vista de la sustitución. Este punto de vista ha sido defendido, entre otros, por Edmund Burke y, más recientemente, por Ernest H. Gombrich y Arthur C. Danto. Por otro lado, como nos recuerda Ankersmit, la etimología es, en muchos casos, nuestra mejor ayuda para buscar una salida al debate imitación-sustitución y poder así comprender mejor la naturaleza de la representación. Así, la (re)presentación consiste en hacer presente (de nuevo) lo ausente (37). Con este punto de partida, nos será más fácil comprender las reflexiones de Danto y de Gombrich sobre la representación.

La teoría de la representación que propone Danto se basa en sus estudios sobre historia del arte y en sus reflexiones sobre teoría del arte contemporáneo (38), aunque sus reflexiones sobre la representación están presentes en toda su obra y, de hecho, el concepto mismo es la piedra de toque de la misma (39). Así, la historiografía nos ofrece representaciones del mundo y del pasado no menos que las disciplinas artísticas (40). La investigación de Danto comienza con la pregunta sobre qué es lo que hace de una obra de arte una representación de la realidad. En este punto, Danto sugiere que se necesita un concepto pictórico de la representación, además del designativo, en el que las imágenes (los cuadros o los pasajes escritos que describen objetos o acciones de la realidad) *denotan* aquello a lo que se parecen, de la misma forma en la que lo hace un retrato (41).

far more than it resembles some huge building in the Oxfordshire countryside», en ANKERSMIT (2002c) y también en la web: http://muse.jhu.edu/demo/common_knowledge/v008/8.1ankersmit.html; y GOODMAN (1990): 164 y 177.

(35) ROSENSTONE (1988): 1180-1181.

(36) ANKERSMIT (2001a): 284. Para Ankersmit, la historiografía no debería nunca descuidar el diálogo con la filosofía de la historia y con la filosofía del lenguaje. De hecho, la creación del *Journal of the Philosophy of History* es una muestra de este compromiso.

(37) «(Re)presentation is a making present (again) of what is (now) absent», en ANKERSMIT (2002c).

(38) DANTO (2002).

(39) Vid., por ejemplo, DANTO (2007): xiii.; y DANTO (2003): 26 y ss.

(40) ANKERSMIT (2003a): 295; y GOEHR (2007): xx y ss.

(41) DANTO (2002): 120 y 121.

La ambigüedad del concepto de representación tiene relación con los dos sentidos más importantes del término, según Danto: la representación como *aparición mística* y como *representación simbólica* (42). Estos dos sentidos de representación encajan a la perfección con los dos términos de aparición y apariencia. Parece ser que tanto en el arte como en la historiografía se ha conservado la creencia de que sus resultados son representaciones en el primer sentido, es decir, son *apariciones místicas* (del objeto, de la realidad, de las acciones humanas...).

Estas distinciones nos enseñan que, para la tradición, una representación consiste en una especie de *encarnación* del pasado, mientras que actualmente se afirma que una representación solo significa. Lo que parece denunciar Danto es que se ha producido un descreimiento respecto de las representaciones *encarnadas*, de las representaciones como apariciones de las cosas mismas. En el primer tipo de representación, se producía una relación de identidad entre la aparición y la realidad, mientras que, en el segundo, se constata un vínculo designativo, lo que produce una separación entre la realidad y sus representaciones (artísticas, pictóricas o lingüísticas). En este último tipo, la representación designa la realidad, no se corresponde ni se identifica con ella. Sin embargo, el problema fundamental para Danto es que puede confundirse cualquier imitación con la realidad que designa (43), y esta confusión vale tanto para los artistas, que intentan representar la realidad que perciben, como para los historiadores, que intentan representar una realidad pasada «percibiendo» las huellas que ha legado a la posteridad.

Para Ankersmit, la principal aportación de la filosofía de la historia de Danto es su concepción de la representación historiográfica, especialmente la idea hegeliana que se deriva de ella (44). Según esta idea, la posible verdad de la historiografía es siempre *ex post facto* respecto de la investigación, y no es encontrada en el pasado mismo ni, por supuesto, en las huellas que se conservan de él. Danto subraya una y otra vez las profundas asimetrías entre el pasado, el presente y el futuro. Finalmente, el historiador investiga el pasado con la esperanza de que *su* visión sobre el pasado —original, impresionante, audaz, profunda, informada— pueda servir a la vida y al presente (45). Tanto Danto como Ankersmit subrayan que, ontológicamente, la representación artística es un sustituto de lo representado, en ausencia de este. Y lo mismo puede decirse de la representación historiográfica.

El punto de partida de Gombrich, por otro lado y a diferencia de Danto, es la constatación de que ningún artista puede «pintar lo que ve». Su famosa *Historia del Arte* (46) había esbozado el desarrollo de la práctica de la representación ar-

(42) DANTO (2002): 46.

(43) DANTO (2002): 48; y DANTO (1999): 66.

(44) Vid. ANKERSMIT (2007): 373.

(45) ANKERSMIT (2007): 303 y 304; ANKERSMIT (1998a).

(46) GOMBRICH (1997).

tística desde los llamados métodos conceptuales egipcios hasta la revolución impresionista. En esta magna obra, Gombrich parte de la distinción entre «saber» y «ver», profundiza en las teorías de la percepción y, en suma, presenta una exposición detallada de los estilos artísticos de representación. En relación con esta obra y con *Arte e Ilusión*, Gombrich se había propuesto explicar y describir lo que él llama la *evolución ilusionista*, es decir, la fidelidad artística respecto de la naturaleza de la que dice ser copia, réplica o espejo. Tal criterio de fidelidad ha sido considerado durante varios siglos como el eslabón máximo de perfección artística. Y el hecho de que la literatura y la historiografía no consiguieran escapar a la fuerza de gravedad de este criterio de la imitación da prueba del poder epistemológico implícito en la relación tradicional entre *ver*, *conocer* y *representar* (47).

Las dificultades y las conquistas del verismo visual, que tan importantes han sido en toda la historia del arte, por lo menos del occidental, no evitan los problemas de la subjetividad artística. Sin embargo, «la innegable subjetividad de la visión no excluye ciertos criterios objetivos de exactitud en la representación» (48). Aquí, el punto de partida de Gombrich es la ecuación entre el ver y el interpretar. Con el último término de esta ecuación Gombrich denomina «el proceso de ensayo y error mediante el cual arrancamos hierbajos de ilusiones, y contrastamos y revisamos nuestras creencias sobre el mundo, en el dominio de la percepción no menos que en el de la ciencia» (49). De esta forma, tanto Gombrich como Danto conciben la historia del arte como la historia de la facultad de representar, en el marco de una reflexión general sobre la interpretación (50).

Las preguntas básicas que intenta responder Gombrich, y que figuran al comienzo de su libro sobre la ilusión artística, son: «¿Por qué diferentes épocas y diferentes naciones han representado el mundo visible de modos tan distintos?» y «¿es acaso enteramente subjetivo todo lo que afecta al arte, o se dan criterios objetivos en tales materias? [Entre las que se incluye la historiografía]» (51). Es evidente que tanto las obras de arte como las historiográficas no son espejos, pero comparten con ellos su *incomprensible* capacidad de representar y transformar la realidad. De hecho, para entender los *procesos representacionales* de la disciplina artística e historiográfica, Gombrich matiza sobre la antigua oposición entre «ver» y «conocer». En sus obras recientes, Gombrich declara que, frente a esta distinción, él prefiere ahora poner el acento en el contraste entre recuerdo y reconocimiento (52).

(47) Vid. KORHONEN (2006).

(48) GOMBRICH (1982): 11.

(49) GOMBRICH (1982): 13.

(50) «No se da realidad sin interpretación», en GOMBRICH (1982): 312.

(51) GOMBRICH (1982): 19.

(52) «Pues si bien el reconocimiento es sin duda un acto de recordación, no hay que confundirlo con otro aspecto de la memoria, a saber, nuestra facultad de recordar», ambas citas en GOMBRICH (2000): 12.

La psicología de la percepción, tal y como se viene desarrollando actualmente, nos ha llamado la atención sobre la increíble complejidad de los procesos sensoriales y de percepción. La percepción es siempre un proceso activo, condicionado por nuestras experiencias previas, por nuestras expectativas y por la situación en que se produce (53). Sin embargo, Gombrich considera que no se puede defender ninguna distinción especial entre percepción e ilusión, entre la psicología de la percepción y la teoría de la representación (o de la creación de ilusiones de realidad). «Todo arte se origina en la mente humana, en nuestras reacciones frente al mundo más que en el mundo mismo, y precisamente porque todo arte es conceptual, todas las representaciones se reconocen por su estilo» (54).

La conclusión de todo lo anterior podría ser la siguiente: si el arte (y la historiografía participa de la naturaleza creativa y estética del arte) es conceptual, los conceptos y las imágenes que incorpora no pueden ser ni verdaderos ni falsos, solo pueden ser *más o menos útiles* para el desarrollo de descripciones y explicaciones y para la creación de interpretaciones. La realidad es tan compleja que el artista y el historiador solo pueden encarar el mundo desde diferentes puntos de vista (estilos) y proponer diferentes y complementarias representaciones, más o menos acertadas. En la antigüedad, y durante toda la edad media y la edad moderna, se produjo «una conquista de las apariencias, lo bastante convincente para permitir la *reconstrucción imaginativa* de *acontecimientos* mitológicos o *históricos*» (55). De la destreza *identitaria* en la mimesis, se pasó al dominio en la creación de ilusiones, y de dicho dominio al de la representación *sustitutiva* de la realidad (56). La capacidad descriptiva y explicativa del arte y la historiografía aparecen ahora mezcladas en el juego de la interpretación que, a su vez, se encuentra relacionado, cuando no identificado, con la construcción de representaciones (*una* representación del pasado es *una* interpretación), las cuales muestran los distintos estilos con los que se ha intentado evocar la realidad y el pasado. Finalmente, Gombrich apunta que la explicación total en historia es una quimera pero que no por ello debemos caer en el escepticismo absoluto respecto de nuestra capacidad para intentar dar sentido a los acontecimientos del pasado (57).

Además, para la filosofía de la ciencia contemporánea, no hay observación sin interpretación, de la misma manera que no hay experimento sin teoría (o, por lo menos, sin un bosquejo de teoría) (58). Esto significa, siguiendo a Danto, que las observaciones de la ciencia están orientadas por la teoría, lo que reduce el intento de la ciencia de ofrecer una descripción neutral de la realidad a una

(53) GOMBRICH (2000): 28; y GOMBRICH (1982): 159.

(54) GOMBRICH (1982): 89.

(55) GOMBRICH (1982): 135.

(56) ANKERSMIT (1999).

(57) GOMBRICH (2004): 103 y 104.

(58) HACKING (1996).

auténtica quimera, que acaba, al mismo tiempo, con la posibilidad de hacer ciencia. En relación con el arte, el problema es idéntico: «la necesidad de la interpretación es inherente al concepto de arte» (59). Buscar una descripción o una explicación neutral tanto de la realidad como del arte que la representa (o no) es ver la obra y la realidad como objetos. «La distinción entre interpretación y objeto no debería asimilarse automáticamente con la tradicional distinción entre contenido y forma, pero *grosso modo* la forma de la obra podría ser como una sección manipulada del objeto que la interpretación selecciona» (60).

3. EL *RAPPROCHEMENT* ESTÉTICO EN LA TEORÍA HISTORIOGRÁFICA DE F.R. ANKERSMIT

Pues bien, la opinión de Ankersmit sobre las aportaciones de Danto y de Gombrich ocupa un lugar destacado en sus propias reflexiones, por encima de la de autores como Erwin Panofsky, Michael Baxandall o Georges Didi-Huberman. Ankersmit parte del ataque postmoderno a la separación entre el lenguaje y la realidad. Dicho ataque ha venido siendo una característica latente de la profesión histórica, según Ankersmit, lo que permite a nuestro autor afirmar que la historiografía posee una naturaleza estética que los historiadores han venido reconociendo, siquiera de manera inconsciente (61). Así, «cuando la dicotomía entre el lenguaje y la realidad es atacada, no estamos muy lejos del esteticismo» (62). La cuestión aquí es que tanto los discursos del novelista como los del historiador nos ofrecen ilusiones de realidad (*illusion of a reality*) (63). La principal enseñanza de Danto y de Gombrich, según Ankersmit, es que la obra del artista no es una representación mimética de la realidad (64), si no un *sustituto* de ella. La teoría de la representación como sustitución, en lugar de la teoría de la representación como correspondencia (que deriva de la práctica imitativa), sería la única coherente con la defensa del lenguaje y del arte (palabras e imágenes) como

(59) DANTO (2002): 184.

(60) DANTO (2002): 185.

(61) ANKERSMIT (1989): 143.

(62) ANKERSMIT (1989): 143.

(63) Vid. DAVIES (2004).

(64) Como afirmaba Aristóteles, la mimesis (en el marco de una teoría sobre la poética) solo se produce respecto de las acciones humanas. Por eso, el medio más adecuado para dicha representación era, precisamente, el medio teatral, el teatro, sea en su versión trágica, sea en su versión cómica. Pero, ¿puede darse la mimesis, la imitación, respecto de la «realidad» del pasado? Esta parece ser la idea que defiende Richard J. Evans y, con él, casi toda la historiografía académica. La representación del movimiento, por otra parte, ha sido, según Gombrich, una de las principales asignaturas pendientes de toda la teoría y la práctica de la representación artística e historiográfica occidental. Para una sugerente interpretación de las capacidades imitativas de la literatura y la novela, vid. AUERBACH (1975) [1942]. Y MELBERG (1995).

pseudo-reality dentro de la realidad, no como discursos externos y, por lo tanto, frente a la realidad.

Allan Megill ha expuesto con agudeza y penetración el grado en que los pioneros de la postmodernidad (y también sus continuadores) han intentado dinamitar las fronteras entre las disciplinas y, más concretamente, han intentado ampliar el alcance del esteticismo en cualesquiera teorías de la representación, siguiendo la estela pionera de Hayden White (65). Este esteticismo del escrito historiográfico también está en armonía, como sugiere Ankersmit, con la naturaleza *estilística* (*stylistic dimension*) de la escritura de la historia (66). Según esta última afirmación, «si varios historiadores se ocupan de varios aspectos de la misma materia de investigación, el resultado diferente en *contenido* puede ser descrito acertadamente como un *estilo* diferente en el tratamiento de dicha materia de estudio» (67). O como afirma Peter Gay, el *estilo* implica una decisión respecto del *argumento* (68). *La forma* del discurso historiográfico implica un determinado *contenido* (69). La conclusión de todo lo dicho es que las evidencias del pasado, las huellas que de él se conservan, no señalan al pasado en sí mismo, si no a otras interpretaciones del pasado, en contra de la visión del historiador tradicional, que considera que dichas huellas son la evidencia de que algo existió en el pasado (70). Si la labor fundamental del historiador es interpretar el pasado, no debemos afirmar a continuación que detrás de las huellas se encuentra el pasado, si no que, sobre dichas huellas, los historiadores construyen sus interpretaciones narrativas, que son representaciones ellas mismas (71). Así, Ankersmit subraya que el texto historiográfico es *a story* contada por los historiadores sobre algún aspecto o porción del pasado (72).

En la concepción antiesencialista y nominalista de la historiografía postmoderna, la finalidad de la disciplina ya no es la integración y la síntesis en una historia total, si no la representación de lo particular y lo diverso. Utilizando el lenguaje esencialista de la modernidad, la esencia de la historiografía postmoderna ya no será el tronco o las ramas del árbol historiográfico, si no las hojas (73). «La esencia del postmodernismo es precisamente que debemos evitar señalar patrones esencialistas en el pasado» (74). Sin embargo, no pro-

(65) MEGILL (1987): 2 y ss. y 342 y ss. Sobre Hayden White, vid. WHITE (1973). Sobre «the aesthetization» de la historiografía, vid., por ejemplo, HIMMELFARB (1995): 139 y ss.; y ANKERSMIT (2003c): 319 y ss.

(66) ANKERSMIT (1989): 144.

(67) ANKERSMIT (1989): 144.

(68) GAY (1988): 2, 3 y 6. El libro de Gay puede ser leído como un extenso y crítico comentario a la obra de Buffon *Le Style est l'homme meme*.

(69) WHITE (1987).

(70) ANKERSMIT (1989): 145.

(71) ANKERSMIT (1989): 147.

(72) ANKERSMIT (2009): 199.

(73) ANKERSMIT (1989): 149.

(74) ANKERSMIT (1989): 151.

cede catalogar de antirrealistas al conjunto de los teóricos postmodernos (como nos recuerda Jenkins), ya que estos no niegan la existencia de la realidad, si no que afirman *expresa y contundentemente* la artificialidad de nuestro discurso sobre cualquier posible *esencia objetiva* de la realidad. Los postmodernistas son, en suma, antiesencialistas pero no antirrealistas radicales (75).

Siguiendo con este argumento antiesencialista, Ankersmit se propone estudiar la terminología utilizada por la historiografía. La premisa aquí es considerar que el vocabulario utilizado por los historiadores expresa lo que estos consideran esencial respecto del objeto estudiado. La postmodernidad ha llamado nuestra atención, de una manera substancial, sobre lo que puede ser llamado la retórica historiográfica, retórica que ha estado definida, tradicionalmente, por la intención científica de la descripción y la explicación del historiador, en relación con el complejo conjunto de fenómenos que conforman el pasado (76). A partir de los años setenta del siglo XX, el lenguaje y la retórica de la descripción y la explicación dejaron paso al lenguaje de la interpretación. Los filósofos de la historia constructivistas y narrativistas nos han enseñado, como nos recuerda Ankersmit, que solo conocemos la «realidad» histórica pasada *mediante* las narraciones y las representaciones ofrecidas por los historiadores (77). El significado de la historiografía no se encuentra en la relación de sus declaraciones fácticas sobre el pasado, si no en la propuesta interpretativa que organiza toda la narración, toda la representación. De aquí se deriva la insistencia de ciertos autores, como Hayden White o Paul Ricoeur, en considerar al pasado como un texto con su significado propio.

Por su parte, Ankersmit establece una distinción entre la descripción y la representación, ya que en la primera se puede distinguir entre el referente y el predicado mientras que en la representación histórica, por ejemplo, hay siempre una indeterminación respecto a lo que se dice representar, como en un retrato (78). Por eso, de la descripción acertada se ocupa la epistemología —o, incluso, la filosofía de la ciencia—, que es una disciplina que tiene poco que decirnos si de lo que pretendemos hablar es del escrito historiográfico considerado como un todo. La epistemología, según Ankersmit, relaciona cosas con palabras (descripciones), mientras que la representación relaciona cosas con cosas (las historias con el pasado). Así, las representaciones historiográficas son ontológicamente equivalentes a lo que representan, el pasado. La representación es, entonces, una cosa que está hecha de lenguaje y, como este, es opaca, como las cosas, pero también es significativa (79). Las representaciones historiográficas

(75) JENKINS (2004): 122.

(76) ANKERSMIT (1997).

(77) ANKERSMIT (1989): 190.

(78) «A portrait is not identical to its sitter», en ANKERSMIT (2003b): 424 y 425. Vid. también ANKERSMIT (1995b). Vid. también ANKERSMIT (2010): 377 y ss.

(79) ANKERSMIT (2005a): 65.

ficas no refieren al pasado, no son espejos lingüísticos pasivos, aunque, metafóricamente, están unidos al pasado mismo (80).

La conclusión es que el pasado se *descubre* tanto como se *construye*. Una idea que no es original, ni tan siquiera es exclusiva de la postmodernidad. La dificultad de distinguir entre ambos componentes no es una declaración acerca de la difusa relación entre la *ficción* y la *historia*, en la *historiografía*, si no la prueba de que no deberíamos aplicar estas dos palabras al escrito histórico. Esta, creo, es la clave para comprender el relativismo ontológico de las posturas constructivistas, narrativistas y postmodernas tal y como las entiende y define Frank R. Ankersmit.

Tenemos, por tanto, que ha sido el vocabulario de la interpretación el que ha terminado por imperar en la disciplina, aun a costa de un cierto menosprecio por el vocabulario puramente descriptivo y explicativo. Sin embargo, todos ellos tienen sus virtudes y sus defectos, por lo que Ankersmit propone, en su lugar, un tercer vocabulario, el de la representación (81). Ankersmit afirma que el significado es más importante que la verdad o que la referencia en la práctica (y en una consideración atenta) de la representación historiográfica (82). De este modo, «el significado es originalmente representacional y surge de nuestro reconocimiento de cómo otras personas (historiadores, pintores, novelistas) representan el mundo» (83). Esto implica que el significado tiene dos componentes, el mundo y el reconocimiento de que puede representarse de cierta manera. En este punto reaparece el esteticismo postmoderno, ya que Ankersmit estima que tanto la estética como la representación son la base para explicar la interpretación, por lo que afirma que debemos examinar el discurso historiográfico desde la perspectiva de la estética (84), como han hecho ilustres pensadores antes que él (Quintiliano, Ranke, Nietzsche, Croce o Hayden White). La idea básica es que las representaciones historiográficas no pueden ser comparadas con la realidad a la que dicen referirse, así que, «cuando se trata de elegir entre visiones alternativas de la historia, las únicas bases para preferir una interpretación a otra «son *morales* o *estéticas*», no «teóricas» o científicas» (85).

Contra la forma hipotética de las declaraciones científicas, la representación ostenta su intención categórica: solo se interesa por el mundo tal cual *es* o tal cual *fue*. En consecuencia, en contra de la perspectiva epistemológica tradicional, la representación de la realidad, tal y como la elabora el historiador parti-

(80) ANKERSMIT (2001a): 12-14.

(81) ANKERSMIT (1988): 209. Hay autores, sin embargo, que han definido la perspectiva historiográfica postmoderna como *antirrepresentacionista*. Este sería el caso, por ejemplo, de Richard Rorty o de Keith Jenkins. Vid. RORTY (1991): 5, 6 y 7; y JENKINS (2004): 119 y ss.

(82) ANKERSMIT, *The Semantics of Historical Representation*, capítulo 4.

(83) ANKERSMIT (1988): 210.

(84) «I propose, therefore, to see the writing of history from the point of view of aesthetics», en ANKERSMIT (1988): 214.

(85) CABRERA (2005): 131; y ANKERSMIT (1983): 87 y 215.

cular, debe examinarse como una empresa (*enterprise*) insegura, desde el punto de vista que Ankersmit ha abandonado, que es el punto de vista cognitivo (*cognitive*) (86), por lo menos al nivel del texto histórico considerado como un todo. En definitiva, la historiografía debe ser subsumida en el concepto de arte y, por tanto, ser analizada desde el punto de vista estético, ya que representa lo particular, como nos enseñó Aristóteles en la Antigüedad y Croce recientemente. Es esta aproximación a la teoría del arte lo que llamamos el *rapprochement* estético en la concepción sobre la representación de F.R. Ankersmit.

Sin embargo, la historiografía ejemplifica la práctica de la representación de una forma aun más paradigmática que el arte pictórico, por ejemplo. En el caso de la historiografía, la verdad de las declaraciones se puede considerar un problema secundario porque se da por supuesto que los historiadores no se proponen tergiversar el objeto de estudio. Lo importante es que para el historiador, «un específico conjunto de declaraciones, y no otro, ha sido propuesto y la sustancia narrativa determina la naturaleza de la propuesta» (87). La historiografía requiere la existencia de lo que Ankersmit denomina *logical dummies*. Dichos maniqués lógicos, que son propiamente las *sustancias narrativas*, constituyen la representación del pasado, la representación de la realidad histórica (88), tal y como es construida por el historiador a partir de su investigación y según su interpretación (89). Así, en la representación historiográfica, tal y como la entiende Ankersmit, nos encontramos con dichos *logical dummies*; las *sustancias narrativas* —o narrativas históricas— y el *concepto de realidad*. Si consideramos ontológicamente más importante a las sustancias narrativas, aparecerá la postura idealista, mientras que la ontologización (*ontologization*) del concepto de realidad nos depara la postura realista (90). Ankersmit afirma que podemos dejar de ser tanto idealistas como realistas en el debate sobre la representación historiográfica y optar por la imparcialidad que supone eludir ambas posturas o abrazar ambas a la vez (91).

Es importante recordar que fue la perspectiva epistemológica en filosofía de la historia la que dio origen al debate tradicional entre el realismo y el idealismo, debate que la representación pretende superar o trascender (92). Sin embargo, siguiendo la recomendación de Ankersmit sobre la conveniencia de recuperar, para la representación, la teoría de la sustitución tal y como la conciben Gom-

(86) ANKERSMIT (1988): 213 y 214.

(87) ANKERSMIT (1988): 220.

(88) ANKERSMIT (1988): 221. Vid. ICKE (2010).

(89) Ankersmit estudió las *sustancias narrativas*, la *narratio* y las *representaciones historiográficas* en su pionera obra maestra, ANKERSMIT (1983). Dicha obra mereció un temprano elogio de WHITE, H., en la *American Historical Review*, vol. 89, 4, October 1984, pp. 1037-1038. Vid. también ANKERSMIT (2005b).

(90) ANKERSMIT (1988): 224.

(91) ANKERSMIT (1988): 224.

(92) Vid. ANKERSMIT, F.R. y KELLNER, H. (1995); y ANKERSMIT, F.R., BEVIR, M., ROTH, P., TUCKER, A. y WYLIE, A. (2007).

brich y Danto (en contra de la teoría de Nelson Goodman), Ankersmit nos avisa de que los vínculos entre cualquier representación y el objeto que dice representar son mucho más frágiles en la disciplina historiográfica que en arte, debido a un tipo especial de sinonimia que existe entre los objetos que representa un pintor, por ejemplo, y los objetos mismos. En definitiva, lo que propone Ankersmit es que la historiografía *absorbe* el pasado mediante el sustituto de su representación, en vez de «hacer alusión a una realidad detrás de la representación» (93). Cuando los historiadores, como afirma Ankersmit, se sienten inseguros del estatus científico de su disciplina (94), en realidad están reconociendo el carácter creativo, interpretativo, estético y, por ende, provisional de su trabajo.

En resumen, siguiendo a Danto y a Gombrich (95), para Ankersmit la representación artística no es una imitación de la realidad, si no un auténtico sustituto de esta (96). El arte, como la historiografía, es siempre algo más y algo menos que una mimesis de lo que representa: es, además, su sustituto (97). Si no interpretáramos, seríamos *puramente* objetivos pero, al menos desde Kant, como nos recuerda Ankersmit, reconocemos que todo es interpretación (98). La moderna psicología de la percepción no ha hecho si no reafirmar esta concepción, que algunos historiadores pretenden constantemente que olvidemos haciendo aparecer a sus investigaciones como producto de la más rigurosa y efectiva de las ciencias. Y bien es verdad que, como opina Danto, existe una especie de *simetría* entre la representación y la realidad representada. Mientras no nos distanciamos de la realidad, seguimos siendo parte de ella y solo enfrentándonos llegamos a tener conciencia de ella. La representación, en definitiva, sería, desde el punto de vista de Danto, la *apariencia enfrentada* de la realidad (99). Como hemos dicho, mientras que la concepción epistemológica de la historiografía relaciona cosas con palabras (el pasado mismo con el lenguaje), según Ankersmit, la representación relaciona cosas con cosas (el pasado con el discurso historiográfico). De esta manera, debemos reconocer que una cosa es describir y otra muy distinta representar (100). Una monografía historiográfica — como un retrato —, no es meramente una descripción del pasado (en el caso de que esto sea posible), si no la *materialización* de un punto de vista sobre él (101).

(93) ANKERSMIT (1988): 227.

(94) ANKERSMIT (1998c): 183.

(95) Vid. también, WHITE (1981): 157 y ss.

(96) Vid. ANKERSMIT (2001a): 222 y ss.

(97) Gombrich afirma que «all art is image-making and all image-making is rooted in the creation of substitutes», en GOMBRICH (1973): 9.

(98) Vid. ZAMMITO (1992): 50 y 51, sobre la representación (*Vorstellung*) en Kant; y para el narrativismo kantiano, vid. ANKERSMIT (1994a).

(99) ANKERSMIT (1988): 219.

(100) ANKERSMIT (2001a): 11 y 12.

(101) ANKERSMIT (2010): 407 y ANKERSMIT, *The Semantics of Historical Representation*, capítulos 4-6.

4. REPRESENTACIÓN *SUSTITUTIVA*, HISTORIOGRAFÍA POSTMODERNA Y CRÍTICAS ACADÉMICAS

Como he señalado, la representación es el fondo sobre el que Ankersmit (y con él, muchos de los filósofos postmodernos) estudia y critica la epistemología tradicional y la historiografía tal y como ha sido disciplinada y codificada por años de práctica y jerarquía académica (102). De hecho, según Zammito, la teoría de la representación historiográfica de Ankersmit radicaliza la perspectiva narrativa de un Hayden White, por ejemplo, por las vías del textualismo post-estructuralista (103).

Analizaremos a continuación la crítica de Perez Zagorin a la obra de Ankersmit para intentar comprender algunos de los prejuicios y equivocaciones habituales respecto de la interpretación de la historiografía postmoderna, no con la intención de defenderla, si no de comprenderla conveniente y fructíferamente.

La crítica de Zagorin a las posturas de Ankersmit puede ser estudiada, en general, como la posición académica de un portavoz autorizado en defensa de la concepción historiográfica tradicional. Otro ejemplo podría ser Richard J. Evans (104). Las líneas esenciales de su reflexión sobre la historiografía las podemos encontrar en las introducciones a sus dos obras más famosas (105). «Los historiadores, con su aguda conciencia de la riqueza inagotable de los acontecimientos», afirma Zagorin, deben basar sus investigaciones, no solamente en los documentos originales, si no también en los escritos relativos a sus respectivas materias de estudio realizadas por otros autores (106). Este es el punto de unión entre la postura de Ankersmit y la de Zagorin, ya que ambos consideran que el referente directo de los discursos historiográficos no es la realidad en sí misma, si no los documentos originales (históricos) y los documentos interpretativos posteriores, es decir, la propia corteza historiográfica de la que hablaba Ankersmit y que es la encargada, paradójicamente, de *materia- lizar* la historia a través de un objeto lingüístico, a la vez que de *esconderla* en múltiples interpretaciones y representaciones.

En la citada introducción, Zagorin apunta también la posible utilidad de la historiografía cuando comenta que su investigación sobre las revueltas y las revo-

(102) En la obra de dos críticos de la postmodernidad, encontramos ejemplificada la codificación científica a la que alude Ankersmit. Sin embargo, los autores reconocen un fracaso parcial en esta tentativa, lo que ha conducido a lo que ellos llaman «un escepticismo más o menos generalizable, racional e irracional, total o parcial, y las posiciones críticas más fructíferas del postmodernismo», entre las que recogen las de Hayden White, Gianni Vattimo y F.R. Ankersmit: vid. SOKAL A. y BRICMONT, J. (1999): 72.

(103) ZAMMITO (1998): 330. Sin embargo, Zammito defiende una concepción tradicional del ejercicio de la historiografía, que no es nuestra intención exponer en este lugar.

(104) EVANS (1997). Y también ELTON (1991) y WINDSHUTTLE (2002).

(105) ZAGORIN (1985); ZAGORIN (1998).

(106) ZAGORIN (1985): 16 y 11.

luciones en la Edad Moderna podría responder a alguno de los tres motivos siguientes (107): su investigación daría como resultado la conciencia de la necesidad de realizar una revolución y, por lo tanto, su investigación tendría la utilidad de compeler a la revolución; o bien a reprimirla, extrayendo conclusiones negativas de las experiencias revolucionarias del pasado; y, por último, comprenderlas para conocer (y reconocer) la sociedad contemporánea en la que vivimos. Evidentemente, las tres posiciones esconden tres diferentes posiciones ideológicas, en un momento en el que la ideología cumple un papel destacado en el debate historiográfico postmoderno (108), mientras que, en la obra de Ankersmit, dicho papel está mediatizado, además, por sus reflexiones sobre lo que él llama *sublime historical experience* (109). En el fondo, el problema, además de ideológico, es también ético. Así, algunos autores vienen debatiendo sobre la ética historiográfica (110) en un momento en el que la deontología profesional está también en el punto de mira de varios debates (111). Para Keith Jenkins, por ejemplo, desde el punto de vista ideológico e incluso ético, la historiografía, en todas sus formas, no es más que una construcción ilusoria que puede erosionar nuestra capacidad de encarar el futuro comprometiéndonos con el presente, como ya denunciara Nietzsche.

Sin embargo, el montante de las críticas de Zagorin contra Ankersmit se centra en cuestiones que tradicionalmente han sido materia de la epistemología y la metodología historiográficas, mientras que hemos visto que Ankersmit pretende superar la dicotomía implícita en la historiografía, *epistemológicamente* tradicional, entre realismo e idealismo y entre objetividad y subjetividad (112). La postmodernidad afirma, como Nietzsche, que no hay hechos si no que sólo tenemos interpretaciones sobre los hechos. Aun aceptando este punto de vista (que muchos historiadores no pretenden atacar), las conclusiones pueden variar según los autores y las escuelas. Así, por ejemplo, para Zagorin las interpretaciones son similares en muchos aspectos a las teorías e hipótesis científicas (113).

(107) Sobre revueltas y revoluciones, vid. los comentarios de ANKERSMIT (2001a): 33 y ss.

(108) Sobre la ideología y la historia, puede consultarse, entre la interesante obra de JAMESON (1986) y JAMESON (1989). También, WHITE (1987): caps. 3, 6 y 8.

(109) ANKERSMIT (2005a): especialmente la introducción (*Experience in history and in philosophy*) y los capítulos 4 (*Fragments of a history of historical experience*) y 8 (*Sublime historical experience*).

(110) Sobre la ética historiográfica, desde la perspectiva postmoderna, puede consultarse: JENKINS (1999). Vid. también la *review* de ANCHOR, R., «On how to kick the history habit and discover that every day in every way, things are getting meta and meta and meta...», *History and Theory*, 40, 2001, pp. 104-116.

(111) Es el caso, por poner un solo ejemplo, del debate actual sobre las causas, el origen y el desarrollo de la Guerra Civil española, debate en el cual han participado tanto historiadores como profesionales (más o menos audaces) de otros campos.

(112) ANKERSMIT (2004a). Vid. la excelente réplica de Keith Jenkins a la errónea interpretación que de la postmodernidad ofrece Zagorin, «que él acertadamente considera representativa de la que mantiene la mayor parte de sus colegas profesionales», en JENKINS (2004): 119.

(113) ZAGORIN (1990): 269 (este el primer artículo de Perez Zagorin en su famoso debate con Ankersmit).

Desde el punto de vista de Ankersmit, argumenta Zagorin, la distinción tradicional entre el lenguaje y la realidad ha perdido su razón de ser, por lo que la estética ha ampliado su espectro hasta absorber la disciplina historiográfica y, con ella, cualquier forma de representación, incluida la política (114). Justamente, la historiografía viene a ser entendida como un producto puramente literario por medio del cual el historiador no consigue una representación (*mimética*) del pasado, si no un *sustituto* o un reemplazo del mismo. Una conclusión de este hecho es que el estilo es más importante que el contenido mientras que el contenido, en sí mismo, no es más que un derivado del estilo (115). Según Zagorin, el principal error de Ankersmit es que no nos proporciona una explicación satisfactoria de cómo el estilo puede determinar, o incluso engendrar, el contenido de las obras historiográficas. El intento postmoderno de atraer la historiografía al campo de lo literario (116) y lo estético, sigue Zagorin, ignora características que son centrales en cualquier reflexión sobre la historia.

Los tres puntos centrales de la argumentación de Zagorin contra Ankersmit y en defensa de una concepción tradicional de la disciplina son los siguientes. En primer lugar, la distinción que existe entre los hechos y la verdad o la ficción. En segundo lugar, el papel desempeñado en el discurso historiográfico por la prueba (*evidence*). En último lugar, las diversas justificaciones que acompañan cada una de las descripciones, explicaciones, interpretaciones o argumentos incorporados a la obra historiográfica. Según Zagorin, Ankersmit no tiene en cuenta adecuadamente cada una de estas cuestiones. El rapto estético de la historiografía desemboca en la trivialización de la historiografía que resulta de no tener en cuenta cada uno de los tres puntos centrales mencionados anteriormente y que son los que definen a la historiografía como forma de conocimiento y los que le procuran su importancia (117). De esta manera queda asegurado el papel de la academia en el fortalecimiento y salvaguarda de las principales funciones de la historiografía: descubrir (y producir) conocimiento siguiendo los métodos establecidos, y comunicar (educando) mediante la cadena jerárquica instituida al efecto.

En un artículo de 1999, Zagorin sintetiza su postura mediante un enfrentamiento directo con diversos autores postmodernos como Hayden White, F.R. Ankersmit y Keith Jenkins. Al comienzo del artículo, Zagorin afirma que la postmodernidad no hace si no continuar una vieja polémica sobre la objetividad en la historiografía, tal y como ha venido siendo desarrollada desde los tiempos de Charles A. Beard y Carl L. Becker hasta la última gran monografía de Peter Novick, *That Noble Dream*. Según Zagorin, muchos historiadores (como Novick) practican una especie de paradójica crítica *objetiva* de la *objetividad* his-

(114) ANKERSMIT (1996b); y ANKERSMIT (2003b): 423: «History, politics and aesthetics have one shared root — and this is the notion of *representation*».

(115) ZAGORIN (1990): 270 y 271.

(116) Vid. WHITE (1970).

(117) ZAGORIN (1990): 272.

torigráfica. Según él, los postmodernos no han conseguido diluir convenientemente los presupuestos metafísicos y esencialistas de la modernidad, ni en sus teorías ni en su práctica. La polémica sobre la objetividad ha dejado paso al postmodernismo, «cuyos cuestionamientos escépticos y cuya redefinición de la historia implican una forma de relativismo mucho más radical de lo que nunca fue concebido por Beard, Becker y otros» (118). Además, Zagorin afirma que, aunque la historiografía siempre es selectiva, su propósito fundamental es ofrecer «una verdadera descripción y comprensión del pasado humano» (119).

Sin embargo, creemos que Zagorin no acierta en el énfasis que le asigna al papel de la narración en el entendimiento y la crítica del fenómeno postmoderno. Según este autor, la narrativa es una de las características fundamentales de las ideas postmodernas, junto con la concepción postsaussureriana del lenguaje y su marcado antirrealismo (120). Si bien es verdad que con la filosofía del lenguaje contemporánea (de raigambre analítica), el mundo es entendido como una construcción del lenguaje, eso no quiere decir que los autores postmodernos, entre los que encontramos a Ankersmit, consideren que la realidad no tiene ninguna relación con dicha construcción. La cuestión aquí es considerar a la historiografía como un signo de la realidad. De hecho, según Paul Ricoeur, autorizado lector de la obra de Saussure, este ya dejaba implícito que el signo, en lugar de ser definido por la relación externa entre un signo y una cosa, debe serlo por una oposición entre dos aspectos que caen dentro del ámbito de una ciencia única: la de los signos (121). Estos dos aspectos son el significante y el significado. Aquí, el lenguaje como discurso que se refiere directa, neutra y objetivamente a la realidad (o al pasado), ha desaparecido. No obstante, Zagorin considera que Saussure nunca «apoyó la fantástica noción de que el mundo es una creación del lenguaje y de que no tiene existencia fuera de él» (122). Este antirrealismo narrativista, característicamente escéptico y postmoderno, ha roto la cadena que mantenía unida *referencialmente* a la historiografía con la realidad. En última instancia, la verdad de la historiografía estaría asegurada, según Zagorin, por su capacidad de atenerse a la «factualidad de las representaciones historiográficas y [por] su fidelidad en la comprensión de la realidad del pasado histórico» (123). Una vez más, frente a Ankersmit, se levanta la bandera de los hechos y la comprensión, cuando hemos visto que el discurso *representacionista* de Ankersmit, pretende quedarse al margen de cualquier disputa sobre la

(118) ZAGORIN (1999): 2 (hay traducción española en ZAGORIN, P., «Historia, Referente y Narración: reflexiones sobre el postmodernismo hoy», *Historial Social*, 50, 2004, pp. 95-117). Citamos por la edición en inglés y con nuestra propia traducción.

(119) ZAGORIN (1999): 24.

(120) ZAGORIN (1999): 98, notas 10 y 100.

(121) RICOEUR (1995): 20 y ss.; TARNAS (2008): 501, «Saussure postula una relación arbitraria entre palabra y objeto, entre signo y significado».

(122) ZAGORIN (1999): 8.

(123) ZAGORIN (1999): 18.

metodología histórica, la discusión sobre el peso de los hechos y las pruebas historiográficas, que afectan a una parte del discurso historiográfico pero no a su estudio *as a whole* (124). Además, Zagorin, parece simplificar en extremo la obra de Hayden White cuando considera que de sus trabajos se deriva la idea de que no hay ninguna diferencia entre la narrativa historiográfica y la de ficción (125). Contra estas posturas postmodernas, Zagorin no hace si no invocar la figura de lo que él llama el lector informado (*educated reader*), que no es otro que el sentido común tradicional encarnado en la academia tradicional (126).

Finalmente, frente a Zagorin, tenemos la respuesta postmoderna radical de Keith Jenkins (127) quien, basándose en Derrida, desarrolla radicalmente la sospecha nietzscheana respecto del pasado. Sin embargo, las respuestas de Hayden White y F.R. Ankersmit se encuentran en el punto medio entre la crítica a la Ilustración propuesta por Popper y otros autores, la inocencia lingüística de la teoría historiográfica tradicional y la hipérbole de algunas teorías postmodernas más radicales (128). Así, Hayden White afirma que la narrativa historiográfica, tal y como él la entiende, «no refleja las cosas que señala; recuerda imágenes de las cosas que indica, como lo hace la metáfora» (129). La metáfora, dirá Ankersmit, es el cimiento de la historiografía y, además, nos pone sobre aviso de sus propiedades estéticas (130). Este poder *estético* y *evocador* de la historiografía es el que debe ser potenciado, en lugar de su —siempre discutible— perfectibilidad epistemológica.

5. LA PROPUESTA DE UNA HISTORIOGRAFÍA POSTMODERNA, ALGUNAS CONCLUSIONES (131)

Alun Munslow ha dividido las corrientes historiográficas en tres categorías: *reconstructionism*, *constructionism* y *deconstructionism*. A la primera categoría, también llamada *contextualist*, pertenecen los historiadores, de tradición empirista, del siglo XIX y los actuales Gertrude Himmelfarb, Arthur Marwick (132), G.R. Elton, Lawrence Stone y Oscar Handlin, entre otros; en la

(124) ANKERSMIT (2001a): 274. «Evidence is not truth: evidence belongs to the world and truth to language», en ANKERSMIT (2010): 405.

(125) Vid. WHITE (2010).

(126) Vid. la posición crítica respecto de la postmodernidad contenida en APPLEBY, J., HUNT, L. y JACOB, M. (1995).

(127) JENKINS (2000). Vid. también la contrarréplica de Zagorin en ZAGORIN (2000): 201-209.

(128) ANKERSMIT (2001a): 7 y 21.

(129) WHITE (2003): 125.

(130) ANKERSMIT (1992b): 92; y para la metáfora en política, ANKERSMIT (2005c).

(131) Vid. las interesantes y, por momentos, iluminadoras conversaciones con algunos representantes de la historiografía postmoderna en DOMANSKA (1998).

(132) Es interesante conocer la tesis tradicional de la obra más importante de Marwick: vid. MARWICK (1993): 376. Según este autor, la escritura de la historia, fundada en pruebas, está

segunda categoría, podemos encuadrar, por ejemplo, las obras de los *Annales*, de Norbert Elias, Perry Anderson y E.P. Thompson; por último, a la tercera categoría, podemos afiliar las críticas postmodernas de Hayden White, Dominick LaCapra, David Harlan, Allan Megill, Keith Jenkins y F.R. Ankersmit (133). Como resume Hans Kellner, para esta tercera corriente, toda la historiografía es parte de un relato, es parte de una narrativa, implícita o explícitamente (134). Contra esta opinión, podemos encontrar todavía las viejas concepciones *especulares* del lenguaje del historiador en la custodia de la disciplina, tal y como aparece en los escritos teóricos de Pérez Zagorin. Frente a este tipo de concepciones (135), podemos recordar las palabras del archiempirista y archipositivista Leopold Von Ranke: «la Historia [entiéndase «la historiografía»] se distingue de otras ciencias en que también es un arte. La Historia es una ciencia por coleccionar, descubrir y profundizar; es un arte porque recrea y representa lo que ha descubierto e identificado. Otras ciencias se contentan simplemente con registrar lo que ha sido descubierto; la historia requiere la habilidad de recrear[lo]» (136).

Por otro lado, la postmodernidad, que nace con Nietzsche (137), implica el cuestionamiento crítico de la racionalidad epistemológica que sustentaba la idea de progreso y la concepción unitaria de la historia tal y como eran entendidos por los diversos tipos de historicismos (idealistas, positivistas, marxistas, estructuralistas, etc.) de la modernidad (138). La complejidad e, incluso, *el caos* de la actual sociedad postindustrial y postmoderna producen una concepción de la historia basada en la fragmentación, la diferencia y lo particular (139). Ihab Hassan considera que la cultura postmoderna tiene como elementos constitutivos la indeterminación, la ruptura de los cánones tradicionales, la carnavalización, la fragmentación, entre los 11 rasgos que cita (140). El juego de la indeterminación, de la fragmentación y de la inmanencia actúa como elemento de la unidad subyacente en la postmodernidad, a juicio de Pe-

íntimamente relacionada con la academia, que la tiene que dirigir y corregir. Para el debate con Hayden White vid. SOUTHGATE (1996).

(133) MUNSLOW (1997): 18 y ss.

(134) KELLNER (1989): vii.

(135) Otra forma de la defensa del historiador «tradicional» frente a la crítica postmoderna, puede verse en las siguientes palabras de Jürgen Kocka: «donde sea necesario habrá que corregir sesgos de la historia estructural, pero no con un nuevo sesgo de la historia de las experiencias. La clave se halla en la conexión entre la historia de las estructuras y de las acciones, de los procesos y de las experiencias. Sin teoría es difícil que se consiga, y 'retorno a la narración' no es la receta» (KOCKA (2002): 104). En el fondo, se trata de reconocer que la postmodernidad no es una moda, algo *chic* (ídem, p. 98). en ciertos círculos, si no una corriente profunda de crítica teórico-práctica.

(136) RÜSEN (1990): citado en: MUNSLOW (1997): 101.

(137) VATTIMO (1987a): 145.

(138) Vid. ANKERSMIT (1995a); APPLEBY (1996); y ANKERSMIT (1992a).

(139) SIM (2004).

(140) HASSAN (1987).

rry Anderson (141). En el fondo, lo que está en tela de juicio es la propia capacidad de conocer y representar *verídicamente* el pasado, de producir una «historización viable del pasado *per se*», en palabras de Jenkins (142).

La incredulidad ante los grandes relatos y la deconstrucción postmoderna de los *pequeños relatos* se han alimentado de la erosión de los principios tradicionales que mantenían ligados la realidad y el conocimiento, en el discurso *referencialista, dominante y unitario* de la modernidad (143). La sociedad actual, con su particular generalización de los medios de comunicación, ha terminado por vislumbrar, a través de la crítica postmoderna, que no existe una única forma de escribir historia. No existe un principio único que garantice la veracidad de *una* historia en concreto, por encima del resto. Aquí, ni la epistemología ni la metodología tradicionales tienen la última palabra. «La postmodernidad se caracteriza por señalar el fin de la historia. No en el sentido de una catástrofe atómica, ni en un sentido cronológico. Se trata más bien del fin de la historia como proceso unitario» (144). Después de Hayden White y F.R. Ankersmit, la historiografía debe ser entendida como un discurso a medio camino entre la investigación filológica y la creación imaginativa. El historiador debe estudiar las fuentes para construir lingüísticamente su referente. Es en este proceso donde aparece la capacidad creadora e imaginativa del historiador, quien *construye* una historia desde unos simples indicios. Sin embargo, desde el punto de vista, la ideología que alimenta al historiador también da forma y llena de contenido su propio trabajo con el pasado. Así, por ejemplo, la concepción unitaria de la historia, propia de las corrientes historicistas, se basaba en aquello que, para las clases dominantes, aparecía como relevante de entre todo lo que había acontecido (145). En conclusión, lo que la postmodernidad pone en cuestión, siguiendo a Hayden White, es la autoridad del discurso historiográfico y, con ello, la autoridad del propio pasado como fuente de sabiduría o de moralidad (146).

Volviendo al comienzo de este artículo, podemos afirmar que la postmodernidad nos llama la atención sobre el hecho de que no existe un discurso único sobre el pasado, si no diversas propuestas, diversas interpretaciones, diversas narraciones (*interpretaciones narrativas* en la terminología de Ankersmit) desde distintos puntos de vista. La crisis de la concepción unitaria de la historia y de la idea de progreso conlleva también, como ha señalado Peter Novick (147), la crisis de la historiografía como disciplina científica y como institución académica. Y ello no se realiza en nombre de un nuevo *paradigma* epistemológico *postmoderno*, si no en nombre de una específica *retórica emancipatoria*, como

(141) ANDERSON (2000): 29.

(142) JENKINS (2004): 138.

(143) Vid. JENKINS (1999).

(144) BERCIANO VILLALIBRE (1998).

(145) Vid., por ejemplo, BENJAMIN (1982).

(146) WHITE (2004).

(147) NOVICK (2005): 573 y ss.

afirman Rorty y Jenkins, entre otros. La postmodernidad nos ofrece los argumentos de su crítica al discurso historiográfico tradicional, pero también está preocupada por instaurar y legitimar nuevas prácticas y nuevas formas de escribir y de concebir el pasado, tal y como encarna la obra de F.R. Ankersmit (148).

La postmodernidad siempre ha sido sensible a lo marginal, a lo trivial y poco considerado (como puede ser ejemplificado con la práctica de la microhistoria (149)), en contra de los discursos grandilocuentes (*grandiose*) de la modernidad, que ponían siempre el énfasis en su vocación científica (150) y en su realismo. La recomendación final de Ankersmit es que debemos abandonar el vocabulario de la epistemología y centrar nuestra atención en el vocabulario de la representación historiográfica, como única posibilidad de superar el debate entre el realismo y el idealismo en la construcción de discursos válidos sobre el pasado (151). De hecho, como ya he destacado, la posición postmoderna propuesta por Ankersmit no es tan extraña respecto de algunas de las teorías historiográficas anteriores. Como ha defendido nuestro autor, el postmodernismo es una radicalización de lo que él llama el historismo, por lo que no puede ser criticado como relativista, irracional o subjetivista (152). Estos tres conceptos pueden ser concebidos como la piedra de toque del reproche de parte de la academia a las propuestas de la postmodernidad.

Por tanto, desde la perspectiva postmoderna, no se concibe la historiografía como el esfuerzo humano por describir o explicar el pasado, si no, más específicamente, como una clase especial de discurso que siempre significa más de lo que afirma literalmente. En un primer momento, el acento postmoderno en la naturaleza tropológica y literaria del discurso historiográfico (153) y, en un segundo momento, en la naturaleza representativa (sustitutiva) de dicho discurso, no hacen si no reforzar la vocación interpretativa y contingente de la disciplina historiográfica, más que la tradicional intención descriptiva y/o explicativa. Como no se han cansado de repetir los autores que venimos estudiando, «el discurso histórico consiste también, obviamente, de un reparto de explicaciones en forma de argumentos más o menos formalizables. No dirijo la cuestión a la relación entre explicaciones, en el modo de argumentos formales, y lo que llamaría los efectos de explicación producidos por la narrativización de acontecimientos. Esta es la feliz combinación de argumentos con representaciones na-

(148) JENKINS, K., MORGAN, S. y MUNSLOW, A. (2007); y MUNSLOW, A. y ROSENSTONE, R.A. (2004).

(149) Bien es verdad que muchos de los *microhistoriadores* han manifestado su crítica frente a las posiciones más radicales de la innovación postmoderna. El caso paradigmático sería el de Carlo Ginzburg en su debate con Hayden White. Vid. también, ANKERSMIT (1988): 226 y nota 44. Un *microhistoriador avant la lettre*, según Wim Weymans, sería Michel de Certeau: en WEYMANS (2004).

(150) ANKERSMIT (1988): 226.

(151) ANKERSMIT (2001a): 12 y 13.

(152) ANKERSMIT (1994e): 238.

(153) PAUL (2004).

rrativas la cual cuenta para la petición de una representación expresamente histórica de realidad. Pero la naturaleza exacta de la relación entre argumentos y narrativizaciones en las obras históricas es confusa» (154). Ankersmit intenta arrojar luz sobre esa confusión al estudiar al escrito historiográfico «como un todo», al margen del contenido informativo que se puede derivar de los enunciados concretos que contiene.

La obra de Danto y de Gombrich nos ha ayudado a comprender la naturaleza representativa de la historiografía, pero no en el sentido de que se *corresponda* con el pasado, de que lo *imite*, si no en el sentido de que la *sustituye*: la historiografía nos evoca, nos actualiza y nos ilumina alguna parte del pasado. La representación historiográfica, tal y como la entiende la postmodernidad, no consiste en *ocupar el lugar* del pasado, si no en *ponerse en lugar* del pasado. Este *ponerse en lugar* de algo nos indica claramente cuál es la característica esencial de nuestros discursos sobre el pasado: su naturaleza sustitutiva. Sustituir a *algo*, sustituir a *alguien* no implica ser *ese* algo o *ese* alguien, si no ponerse en lugar de ese algo, de ese alguien, e implica representar su naturaleza y sus necesidades: en términos de la representación política, su *mandato*, en suma. En este sentido, los autores postmodernos no han hecho si no avisarnos de las implicaciones ideológicas de cualquier forma de encarar y estudiar el pasado. Y es que cada obra historiográfica es siempre algo más que los hechos que describe y explica: es una construcción lingüística producida tanto por la *investigación* como por la *imaginación* del historiador. Además, la postmodernidad sostiene que la historiografía, como *objeto lingüístico* (155) que es (en terminología de Ankersmit), no puede ser comprendida si no en el seno del contexto social y cultural que la produce. La historiografía es (como la literatura, la música, el teatro o la poesía) una práctica cultural, sujeta a los hábitos, a las tradiciones y a las costumbres de las prácticas culturales. Entendida como narraciones que traman en un discurso tanto afirmaciones sobre acontecimientos del pasado (los *hechos* de la historiografía) como interpretaciones, la historiografía se inserta en la dinámica de la sociedad actual que la reclama y elabora (156).

Asimismo, la verdad y la objetividad, como pilares de la historiografía tradicional, han sido los dos principales blancos de la crítica postmoderna. Y esta crítica no supone una conspiración para atacar la propia disciplina si no que es el resultado, como nos recuerda Munslow, de la asunción postmoderna de que la objetividad y la verdad científica están alejadas de la naturaleza y las prácticas sociales y culturales a las que pertenece la historiografía (157). Esto es, en suma, lo que quiere decir Ankersmit cuando afirma que la historiografía se comprende mejor desde la perspectiva de la narrativa y la representación más

(154) WHITE (2000): 182, nota 1 (vid. también, sobre la narración y las proposiciones WHITE (2000): 28).

(155) Hayden White lo llama *discursive thing*.

(156) ANKERSMIT (1989).

(157) ANKERSMIT (2002b): 502 y ss.

que desde la posición tradicional de la filosofía epistemológica de la historia (158). Las representaciones historiográficas son creadas por la imaginación del historiador porque la realidad pasada no puede ser apresada e imitada (lo que es lo mismo que decir que no puede ser exclusivamente descrita o explicada), si no tramada, interpretada, representada (159).

En consecuencia, la historiografía no es la investigación *del* pasado si no una creación, entre otras, *sobre* el pasado, si bien *suele* estar basada en una investigación previa. Por eso no podemos hablar nunca de la obra definitiva sobre tal o cual parcela o acontecimiento del pasado: las interpretaciones, las narraciones y las representaciones del pasado son múltiples y variadas, y ello no implica, como se le ha acusado a la posición postmoderna, que defienda una concepción relativista y nihilista de la historiografía, si no simplemente estética (160). Ankersmit, White y otros autores no niegan que los hechos históricos hayan tenido una existencia real y externa al discurso de la historiografía, ni que esos mismos hechos puedan ser verificados y contrastados por la metodología y la crítica historiográfica. Lo que niega la postmodernidad es que el discurso historiográfico pueda ser considerado como objetivo y neutral respecto del pasado. En sus últimos libros, Ankersmit no ha hecho si no recordar con insistencia esta concepción estética de la historiografía (161). La crítica postmoderna nos avisa de que el paso de los hechos a la narración, o a la interpretación histórica, no se produce mediante una representación objetiva, si no mediante una construcción, mediante un proceso análogo a la representación pictórica, cuyo resultado más inmediato es una sustitución de lo representado (162). Como Ian Hacking, Ankersmit considera que la realidad es una creación antropomórfica y que la primera actividad característicamente humana es la representación (163). Ankersmit ha afirmado recientemente que «la representación narra-

(158) «La epistemología, sostiene Vattimo, se funda en el supuesto de que todos los discursos son commensurables y traducibles entre sí y que el fundamento de su verdad consiste precisamente en la traducción a un lenguaje básico, el lenguaje que refleja los hechos; en tanto que la hermenéutica [la matriz interpretativa] admite que no se da semejante lenguaje unificador y se esfuerza en cambio por apropiarse del lenguaje del otro, en VATTIMO (1987b): 132.

(159) Alun Munslow mantiene que «all historical narratives are representations of cultural memories rather than mimes», en MUNSLOW (1997): 115.

(160) ANKERSMIT (2001a): 14 y ss.; y SIM (1992).

(161) Vid., por ejemplo, sobre *Historical Representation*, la *review* de HUTTON (2005): 393 y ss. Para Ankersmit, el concepto de representación actúa como bisagra entre la historiografía y la política. Vid., por ejemplo, ANKERSMIT (2002a): 2 y 154 y ss.; sobre el origen medieval de la representación política, vid. ídem, p. 107; ANKERSMIT (2001b); y BOLAÑOS DE MIGUEL (2006); ANKERSMIT (2005d); y ANKERSMIT (2002c), donde presenta su defensa del «compromiso», en lugar del «consenso», como mecanismo de socialización democrática.

(162) Vid. ANKERSMIT (2010): 406 y ss. Se manifiesta así el carácter artístico y constructivista (no meramente estilístico o retórico) de la historiografía, además del carácter antiesencialista de la posición postmoderna. Vid. ANKERSMIT (2010): 406 y ss.

(163) HACKING (1996): 163. De hecho, Hacking define al ser humano como un *homo de-pictor*.

tiva no debe ser evaluada por un llamamiento a esos criterios [tradicionales] del discurso cognitivo y normativo. Por el contrario, el criterio estético del éxito representacional nos capacitará para evaluar la contribución del discurso cognitivo y normativo a las representaciones historiográficas» (164).

Filósofos como Nietzsche, Heidegger, Wittgenstein, Lyotard o Foucault (165) nos han enseñado que el ser no coincide con lo permanente y con lo unitario, si no que «tiene algo que ver más bien con el acontecimiento, el consenso, el diálogo, la interpretación» (166). La coordinación y el *disciplinamiento* de la historiografía tradicional han dejado paso al juego de las interpretaciones y a suerte de *racionalidad múltiple*. Si todos podemos interpretar (como afirman Lyotard, Baudrillard o Vattimo), el poder se desvanece: «la posibilidad de control generalizado de las decisiones acaba con el secreto del poder y socava sus legitimaciones» (167). Y esto, subraya la postmodernidad, no debería ser una causa de desasosiego científico o académico, si no el motivo de una nueva esperanza en la capacidad del ser humano por emanciparse de los incontables condicionantes que han venido configurando, consciente o inconscientemente, su interés por el pasado. La postmodernidad ha dejado paso a la fuerza liberadora de la diferencia, de lo local y de lo periférico respecto al discurso universalista de la modernidad. Los autores postmodernos se complacen, como quiere Kermode, en su liberación de la autoridad estética y moral de la modernidad y «no necesitan colaborar con una cultura represiva oficialista que fije su contenido por medio del pasado y de la verdad» (168). Vattimo, en conclusión, nos avisa del final de todo proyecto historiográfico totalizante (169).

El abandono de la posición jerárquicamente epistemológica de la historiografía tradicional y académica, ha dejado paso a una conciencia de que el pasado debe ser reinterpretado, representado desde una pluralidad de voces, desde las memorias de esas voces (170). Lo que Novick ha resumido con la fórmula *every group its own historian* y Ankersmit ha llamado la «privatización postmoderna del pasado» (171). La historia de los oprimidos, los marginados, los vencidos, los olvidados, no es parte del proyecto de la modernidad de escribir una historia total, como quieren autores como Zagorin, si no la necesidad vital de diversas comunidades y pueblos de construir y ofrecer su propia memoria y, con ello, escribir *su* propia historia contra la tradicional discriminación de la historiografía oficial (172).

(164) ANKERSMIT (2001a): 96.

(165) Y como Jacques Derrida, Roland Barthes, Gayatri Spivak, Elizabeth Ermarth, Judith Butler, Ernesto Laclau, Chantal Mouffe, Luce Irigaray, entre muchos otros.

(166) VATTIMO (1990): 19.

(167) LANCEROS (1994): 62.

(168) KERMODE (1990): 171.

(169) VATTIMO (1986): 12.

(170) ANKERSMIT (2004b), donde Ankersmit diferencia entre la historia y la memoria.

(171) NOVICK (2005): 469 y ss.; y ANKERSMIT (2001a): 152 y 154.

(172) Vid. ANKERSMIT (2001a): 154 y ss.; LEE KLEIN (1995). Dicha necesidad vital podría ser descrita como una necesidad de representar y ser representados, tanto social como cultural y

En una obra historiográfica, no solo el historiador, sino también el lector (cualquier lector) forma parte del juego de la representación, de la misma manera que en el teatro, donde el director y los actores tienen un texto del cual se afirma que es representado *en cada una* de las *versiones* y en cada una de las *funciones*. De esta manera, el pasado podría ser considerado como un texto del cual se ofrecen múltiples y diversas versiones —interpretaciones, representaciones—, cada una de las cuales revela algo tanto del texto mismo como del propio autor y del lector, tanto del pasado como del presente. Sin embargo, el problema es que dicho texto está ausente y solo disponemos de los retazos que han llegado al presente —documentos, incluidos los testimonios, y monumentos—, retazos que, por su propia naturaleza, solo pueden ser interpretados. Así, lo que la postmodernidad no se cansa en afirmar es que debemos estimular el juego de las interpretaciones, que conforma la naturaleza historiográfica (173). Y esto afecta también al arduo problema de la *representabilidad* de ciertos acontecimientos, como el Holocausto (174). Para ello, debemos buscar un lugar, tanto en la sociedad como en la academia, para los discursos que reafirman el peso de las memorias colectivas y del olvido (175), para los que patrocinan el papel histórico de los marginados, los débiles, los desposeídos, los indígenas y los sometidos, para los que están basados en los intereses de lo particular y de lo local, o para los que ostentan su carácter testimonial (*experencial*) frente a la (algunas veces aséptica) historiografía profesional (176).

El historiador no solo muestra el resultado de su investigación al público en general, para su conocimiento y aprendizaje, sino que también aprende de otras investigaciones y de otras reflexiones sobre las teorías y prácticas historiográficas del resto de sus colegas de profesión, en la misma medida que estos pueden aprender de las suyas. Sin embargo, todo ello se suele realizar conforme a las reglas de producción de conocimiento (177) y a las normas de las «comunidades interpretativas», las cuales están «articuladas según sus propios estándares de evaluación antes que por las propiedades intrínsecas del texto» (178) o

políticamente. De hecho, podríamos hablar de un auténtico *derecho* subjetivo a la *propia* memoria, ya se entienda individual o colectivamente. Vid. ANKERSMIT (2002a) y BOND (1997). Vid. también, para el tema de los derechos públicos subjetivos, DÍAZ OTERO (1997) y DÍAZ OTERO (2000).

(173) CROWELL (1998).

(174) Vid. ANKERSMIT (2005a): 351 y ss.; ANKERSMIT (2001a): 160-163 (*The Representation of the Holocaust*) y el capítulo 6 (*Remembering the Holocaust*), pp. 176-193. WHITE (2003): 193 y ss., especialmente las pp. 215 y ss.

(175) La tesis de Patrick Hutton es que la Historia moderna se corresponde con el estudio del pasado por parte de una colectividad. Dicho estudio tiene una natural afinidad con la historia nacional, la historia social y la historia económica, mientras que la Memoria se corresponde con lo que ha sido marginado en dicha historia. Vid. HUTTON (1993): xxiv. Vid. también, ANKERSMIT (2001a): 154. Sobre el olvido, vid. ANKERSMIT (2001c).

(176) Vid., por todos, DIRLICK (2000).

(177) FOUCAULT (2006): 323 y ss.; GONZÁLEZ DE OLEAGA, M. y BOLAÑOS DE MIGUEL, A.M. (2008a) y GONZÁLEZ DE OLEAGA, M. y BOLAÑOS DE MIGUEL, A.M. (2008b).

(178) PALTÍ (1998): 55.

por su correspondencia con un referente pasado que se dice descubrir, casi con exclusividad, a la luz de las fuentes directas disponibles o, y esto es lo habitual, de una selección de las mismas. En esto consiste, en parte, la dinámica de la enseñanza y el adiestramiento académico que conforma —y a la vez oculta— las relaciones de poder y autoridad en los centros de investigación y enseñanza de la historia (179). Y la postmodernidad nos enseña a pensar claramente en estos términos cuando, en boca de uno de sus más inteligentes e influyentes defensores, afirmamos que «siempre somos capaces de ver los elementos ficticios [inventados] en aquellos historiadores con cuyas interpretaciones de un conjunto dado de acontecimientos estamos en desacuerdo; rara vez percibimos ese elemento en nuestra propia prosa. Por tanto, si reconociéramos el elemento literario o ficticio en cada relato histórico, seríamos capaces de llevar la enseñanza de la historiografía a un nivel de autoconciencia más elevado que el actual» (180). Lo que incluye contextualizar —y, por tanto, relativizar— histórica y políticamente la propia labor de los historiadores y, así, evitar potenciales adoctrinamientos.

La tendencia postmoderna a la crítica y al escepticismo produce inseguridad en el conocimiento, qué duda cabe. Pero la ventaja es que esta inseguridad es perfectamente compatible con el pluralismo e, incluso, con la incertidumbre, lo que amortigua la capacidad del poder para usar el conocimiento y la verdad como arietes del enfrentamiento. La obra de Ankersmit, como hemos visto, incluso frente a críticos de la talla de Perez Zagorin o Richard Evans, no hace más que confirmar estas conclusiones (181).

En suma, la postmodernidad, según entendemos, se ha propuesto una tarea nada fácil ni desdeñable: *redefinir* la naturaleza y el papel del discurso historiográfico y, a continuación, *resemantizar* el ejercicio de la disciplina (182). Para ello, no ha podido evitar proponer una crítica radical de la epistemología que sustentaba la profesión (y su concepción de la verdad (183)), de la validez y función de los resultados de la investigación y la escritura historiográficas, así como de sus prácticas y su organización académica (184). Es este un legado un tanto inquietante, quizás, pero también es una propuesta muy estimulante, tanto social como intelectualmente.

(179) COHEN (1993): 62 y 152. Vid. también DAVIES (1989): 282 y FISH (1980): 16.

(180) WHITE (2003): 139.

(181) «Todo nuestro conocimiento histórico es construido y adquiere su forma dentro del debate histórico, en la discusión que los historiadores llevan a cabo entre sí sobre el pasado», en ANKERSMIT (1998b) y ANKERSMIT (2003b).

(182) ANKERSMIT (2001a): 160 y 161.

(183) Vid. KELLNER (2006): 96. Sobre la indeterminación última de la verdad, vid. ANKERSMIT (2001a): 37. Para la indeterminación de las representaciones historiográficas, vid. ídem, pp. 48 y 87 y ss.

(184) Vid. LEMERT (1997).

6. BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, P. (2000): *Los orígenes de la Postmodernidad*, Anagrama, Barcelona.
- ANKERSMIT, F.R. (2010): «Representation and Reference», *Journal of the Philosophy of History*, 4, pp. 375-409.
- (2009): «Narrative and Interpretation», en TUCKER, A., *A Companion to the Philosophy of History*, Wiley & Blackwell, Chichester & Malden, pp. 199-208.
- (2007): «Danto's Philosophy of History in Retrospective», en DANTO, A.C., *Narration and Knowledge*, Columbia University Press, New York, pp. 364-393.
- (2006): «“Presence” and Myth», *History and Theory*, 45, Octubre, pp. 328-336.
- (2005a): *Sublime Historical Experience*, Stanford University Press, Stanford.
- (2005b): «Political Monadology», *Theory and Event*, 8, 3, pp. 1-58
- (2005c): «Tocqueville and the Sublimity of Democracy», *The Tocqueville Review*, XXVI, 1, pp. 167-201.
- (2005d): «Trust and Representation», en ANKERSMIT, F.R. y TE VELDE, H. (eds.), *Trust, cement of democracy?*, Peeters Publishers, Leuven, pp. 29-48.
- (2004a): «In Praise of Subjectivity», en CARR, D., FLYNN, T.R. y MAKKREEL, R.A. (eds.), *The Ethics of History*, Northwestern University Press, Evanston, pp. 3-27.
- (2004b): «The Contemporary Historical Mind», *Journal of the Interdisciplinary Crossroads*, 1, 1, Abril, pp. 111-119.
- (2003a): «Danto, History and the Tragedy of Human Existence», *History and Theory*, 42, 3, pp. 291-300.
- (2003b): «Invitation to Historians», *Rethinking History*, 7, pp. 413-437.
- (2003c): «Pygmalion: Rousseau and Diderot on theatrical representation», *Rethinking History*, 7, 3, pp. 315-339.
- (2002a): *Political Representation*, Stanford University Press, Stanford.
- (2002b): «Postmodernism and the humanities», *Groniek*, 157, pp. 483-503.
- (2002c): «Representational Democracy. An Aesthetic Approach to Conflict and Compromise», en PERL, J. (ed.), *Peace and Mind: Seriatim Symposium on Dispute, Conflict, and Enmity: Part 1, Common Knowledge*, 1, Winter, pp. 24-46.
- (2001a): *Historical Representation*, Stanford University Press, Stanford.
- (2001b): «Political and Historical Representation», en SUKLA, A.CH. (ed.), *Art and Representation. Contributions to Contemporary Aesthetics*, Greenwood Press, Westport, pp. 69-90.
- (2001c): «The Sublime Dissociation of the Past: or How to Be(come) What one is no Longer», *History and Theory*, 40, 3, pp. 295-323.
- (2000): «The linguistic turn, literary theory and historical theory», *Historia*, 45, 2, Noviembre, pp. 271-310.
- (1999): «Why Realism? Auerbach on the Representation of Reality», *Poetics Today*, 20, 1, pp. 53-75.
- (1998a): «Danto on Representation, Identity, and Indiscernibles», *History and Theory*, 37, 4, pp. 43-70.

- (1998b): *La Experiencia Histórica* (Discurso pronunciado por F.R. ANKERSMIT al aceptar la cátedra extraordinaria sobre teoría de la historia en la Universidad Estatal de Groningen, el martes 23 de marzo del año 1993), *Historia y Grafía*, enero-junio.
- (1998c): «Hayden White's Appeal to the historians», *History and Theory*, 37, 2, pp. 182-193.
- (1997): «Rhetoric and Epistemology», en GRIPSRUD, J. (ed.), *Rhetoric and Epistemology*, University of Bergen, Bergen, pp. 9-24.
- (1996a): «Can we Experience the Past?», *KVHAA Konferenser*, 37, pp. 37-47.
- (1996b): «In Search of the Political Object: Stoic and Aesthetic Political Philosophy», en LILLY, R. (ed.), *The Ancients and the Moderns*, Indiana University Press, Bloomington.
- (1995a): «Historicism: An Attempt at Synthesis», *History and Theory*, 34, 3, pp. 143-161.
- (1995b): «Statements, Texts and Pictures», en ANKERSMIT, F.R. y KELLNER, H. (eds.), *The New Philosophy of History*, The University of Chicago Press, Chicago, pp. 212-240.
- (1994a): «Kantian narrativism and beyond», en BAL, M. y BOER, I.E. (eds.), *The points of theory. Practices of cultural analysis*, Amsterdam University Press, Amsterdam, pp. 155-198.
- (1994b): «The Origins of Postmodernist Historiography», *Poznan Studies in the Philosophy of the Sciences and the Humanities*, 41, pp. 87-117.
- (1994c): «Six Theses on Narrativist Philosophy of History», en ANKERSMIT, F.R., *History and Topology The Rise and Fall of Metaphor*, University of California Press, Berkeley, pp. 33-43.
- (1994d): «The Use of Language in the Writing of History», en ANKERSMIT, F.R., *History and Topology, The Rise and Fall of Metaphor*, University of California Press, Berkeley, pp. 75-96.
- (1994e): «Historism and Postmodernism. A Phenomenology of Historical Experience», en ANKERSMIT, F.R., *History and Topology The Rise and Fall of Metaphor*, University of California Press, Berkeley, pp. 182-238.
- (1992a): «On Historical Progress», *Storia della Storiografia*, 22, pp. 103-107.
- (1992b): «Remembering the Holocaust: Mourning and Melancholia», *Studia Historica*, 61, pp. 91-113.
- (1989): «Historiography and Postmodernism», *History and Theory*, 28, pp. 137-153.
- (1988): «Historical Representation», *History and Theory*, 27, 3, pp. 205-228.
- (1986): «The Dilemma of Contemporary Anglo-Saxon Philosophy of History», *History and Theory*, 25, pp. 1-27.
- (1983): *Narrative Logic. A Semantic Analysis of the Historian's Language*, Nijhoff, Den Haag.
- ANKERSMIT, F.R., DOMANSKA, E. y KELLNER, H. (2009): *Re-Figuring Hayden White*, Stanford University Press, Stanford.
- ANKERSMIT, F.R., BEVIR, M., ROTH, P., TUCKER, A. y WYLIE, A. (2007): «The Philosophy of History: An Agenda», *Journal of the Philosophy of History*, 1, pp. 1-9.

- ANKERSMIT, F.R. y KELLNER, H. (1995): *The New Philosophy of History*, The University of Chicago Press, Chicago.
- APPLEBY, J. (1996): *Knowledge and postmodernism in historical perspective*, Routledge, New York.
- APPLEBY, J., HUNT, L. y JACOB, M. (1995): *Telling the truth about History*, W.W. Norton, New York.
- AUERBACH, E. (1975): *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, México, Fondo de Cultura Económica.
- BENJAMIN, W. (1982): «Tesis sobre la filosofía de la historia», en Benjamin W., *Discursos interrumpidos I*, Madrid, Taurus.
- BERCIANO VILLALIBRE, M. (1998): *Debate en torno a la Postmodernidad*, Síntesis, Madrid.
- BERKHOFER, R.F., JR. (1997): *Beyond the Great Story. History as Text and Discourse*, Belknap Press, Cambridge.
- BLUMEMBERG, H. (2003): *Paradigmas para una metaforología*, Trotta, Madrid.
- BOLAÑOS DE MIGUEL, A.M. (2006): «Representación historiográfica y representación política: *rapprochement* estético en F. R. ANKERSMIT», *Historia y Política*, 15, enero-junio, pp. 243-256.
- BOND, G.C. (1997): *The social construction of the past: representation as power*, Routledge, London.
- BUTLER, J. y KAETES, D. (2001): *Schools of Thought: Twenty-five Years of Interpretive Social Science*, Princeton University Press, Princeton.
- CABRERA, M.A. (2005): «Hayden White y la teoría del conocimiento histórico. Una aproximación crítica», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 4, 2005, pp. 117-146.
- CLARK, E.A. (2004): *History, Theory, Text. Historians and the Linguistic Turn*, Harvard University Press, Cambridge.
- COHEN, S. (2006): «Philosophical Prelude. On the Difference between an Event and a Narrative», en COHEN, S., *History Out of Joint. Essays on the Use and Abuse of History*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, pp. 1-17.
- (1993): *Academia and the Luster of Capital*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- CROWELL, S.G. (1998): «Mixed Messages: the Heterogeneity of Historical Discourse», *History and Theory*, 37, pp. 220-244.
- DANTO, A.C. (2007): *Narration and Knowledge*, Columbia University Press, New York, 2007.
- (2003): *El cuerpo/El problema del cuerpo*, Síntesis, Madrid.
- (2002): *La transfiguración del lugar común. Una filosofía del arte*, Paidós, Barcelona.
- (1999): *Después del fin arte. El arte contemporáneo y el linde de la historia*, Paidós, Barcelona, 1999.
- DAVIES, M.L. (2004): «On two types of knowledge in the human sciences», en HILLIARD, K.F., OCKENDEN, R., PALMER, N.F. y HERWIG, M. (eds.), *Bejahende Er-*

- kenntnis: Festschrift für T.J. Reed zu seiner Emeritierung am 30. September 2004*, Niemeyer, Tübingen, pp. 1-16.
- (1989): «History as narcissism», *Journal of European Studies*, 19, 4, pp. 265-291.
- DERRIDA, J. (1998), *De la Gramatología*, Siglo XXI, México.
- DÍAZ OTERO, E. (2000): *Sujeto, razón y naturaleza en la filosofía jurídica y política clásica-moderna*, Dykinson, Madrid.
- (1997): *Metafísica e historicidad en los derechos subjetivos*, Dykinson, Madrid.
- DIRLICK, A. (2000): *Postmodernity's histories. The past as Legacy and Project*, Rowman & Littlefield, Lanham.
- DOMASNKA, E. (1998): *Encounters: Philosophy of History After Postmodernism*, University Press of Virginia, Charlottesville & London.
- ELTON, G.R. (1991): *Return to Essentials: Some Reflections on the Present State of Historical Study*, The Press Syndicate of the University of Cambridge, Cambridge.
- EVANS, R.J. (1997): *In Defence of History*, Granta Books, London.
- FAY, B., POMPER, PH. y VANN, R.T. (1998): *History and Theory: Contemporary Readings*, Blackwell, Oxford.
- FISH, S. (1980): *Is There a Text in this Class? The Authority of Interpretative Communities*, Harvard University Press, Cambridge.
- FOUCAULT, M. (2006): *La Arqueología del Saber*, Siglo XXI, México.
- GAY, P. (1988): *Style in History*, W. W. Norton and Co., New York, 1988.
- GINZBURG, C. (2000): *Ojazos de Madera*, Península, Barcelona.
- GOEHR, L. (2007): «Afterwords: An Introduction to Arthur Danto's *Narration and Knowledge* (including his *Analytical Philosophy of History*)», en DANTO, A.C., *Narration and Knowledge*, op. cit., pp. xix-lviii.
- GOMBRICH, E.H. (2004): *Breve Historia de la cultura*, Península, Barcelona.
- (2000): *La imagen y el Ojo: nuevos estudios sobre la psicología de la representación pictórica*, Debate, Madrid.
- (1997): *Historia del Arte*, Debate, Madrid.
- (1982): *Arte e Ilusión. Estudio sobre la psicología de la representación pictórica*, Gustavo Gilli, Madrid.
- (1973): *Meditations on a Hobby Horse and Others Essays on the Theory of Art*, Phaidon Press, London.
- GONZÁLEZ DE OLEAGA, M. y BOLAÑOS DE MIGUEL, A.M. (2008a): «Teoría y práctica en la historiografía postmoderna», *Revista de Libros*, 136, abril, pp. 15-16.
- (2008b): «Vértigos y prácticas historiográficas postmodernas», en RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, C. y VALDÉS MIYARES, R. (eds.), *Historia y Representación en la cultura global*, KRK, Oviedo, pp. 40-41.
- GOODMAN, N. (1990): *Maneras de hacer mundos*, Visor, Madrid.
- GUMBRECHT, H.U. (2005): *Producción de presencia: lo que el significado no puede transmitir*, Universidad Iberoamericana, México.
- HACKING, I. (1996): *Representar e intervenir*, Paidós, México.
- HASSAN, I. (1987): «Making sense: the Trial of Postmodern Discourse», *New Literary History*, 18, pp. 437-459.

- HIMMELFARB, G. (1995): *On Looking into the Abyss. Untimely thoughts on Cultura and Society*, Vintage, New York.
- HUNT, L. (1989): «Introduction: History, Culture, and Text», en HUNT, L. (ed.), *The New Cultural History*, University of California Press, Berkeley, pp. 1-22.
- HUTTON, P.H. (2005): «Looking for a *juste milieu* in a silver age of modesty», *History and Theory*, 44, 2005, pp. 391-403.
- (1993): *History as an Art of Memory*, University Press of New England, Hannover.
- ICKE, P.P. (2010): «Frank Ankersmit's narrative substance: A legacy to historians», *Rethinking History*, 14, 4, pp. 551-567
- JAMESON, F. (1989): *The ideologies of theory: essays 1971-1986*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- (1986): *The political unconscious: narrative as a socially symbolic act*, Methuen, London.
- JAY, M. (2008): *Ojos abatidos. La denigración de la visión en el pensamiento francés del siglo XX*, Akal, Madrid.
- (2005): «History and Experience: Dilthey, Collingwood, Scott and Ankersmit», en JAY, M., *Songs of Experience. Modern American and European Variations on a Universal Theme*, University of California Press, Berkeley.
- JENKINS, K. (2004): «Una respuesta postmoderna a Perez Zagorin», *Historia Social*, 50, pp. 119-139.
- (2000): «A Postmodern reply to Perez Zagorin», *History and Theory*, 39, pp. 181-200.
- (1999): *Why History? Ethics and Postmodernity*, Routledge, London & New York.
- JENKINS, K., MORGAN, S. y MUNSLOW, A. (2007): *Manifestos for History*, Routledge, Abingdon y New York.
- JENKINS, K. y MUNSLOW, A. (2004): *The Nature of History Reader*, Routledge, London & New York.
- KELLNER, H. (2006): «Ankersmit's Proposal: Let's Keep in Touch», *CLIO*, 36, 1, pp. 85-101.
- (1989): *Language and Historical Representation. Getting the Story Crooked*, University of Wisconsin Press, Madison.
- KERMODE, F. (1990): *Historia y valor: ensayos sobre literatura y sociedad*, Península, Barcelona.
- KOCKA, J. (2002): «¿El retorno de la narración? Alegato a favor de la argumentación histórica», en KOCKA, J., *Historia social y conciencia histórica*, Marcial Pons, Madrid, pp. 87-104.
- KORHONEN, K. (2006): *Tropes for the Past: Hayden White and the History/Literature Debate*, Rodopi, Amsterdam y New York.
- LANCEROS, P. (1994): *La Modernidad cansada*, Libertarias, Madrid.
- LEE KLEIN, K. (2000): «What was the Linguistic Turn?», *Clio*, 30, pp. 79-90.
- (1995): «In Search of Narrative Mastery: Postmodernism and the Peoples without History», *History and Theory*, 34, 4, pp. 275-298.

- LEMERT, CH. (1997): *Postmodernism is not what you think*, Blackwell, Oxford.
- MARWICK, A. (1993): *The Nature of history*, MacMillan, London.
- MEGILL, A. (1987), *Prophets of Extremity. Nietzsche, Heidegger, Foucault, Derrida*, University of California Press, Berkeley & Los Angeles.
- MELBERG, A. (1995): *Theories of Mimesis*, Press Syndicate of the University of Cambridge, Cambridge.
- MUNSLow, A. y ROSENSTONE, R.A. (2004): *Experiments in Rethinking History*, Routledge, New York, Abingdon.
- MUNSLow, A. (1997): *Deconstructing History*, Routledge, London & New York.
- NICOLÁS, J.A. y FRÁPOLLI, M.J. (1997): *Teorías de la verdad en el siglo XX*, Cátedra, Madrid.
- NOWAKOWA, I. (1990): «Historical Narration an Idealization», en TOPOLSKY, J., *Narration and Explanaton. Contributions to the methodology of the Historical Research*, Rodopi, Amsterdam-Atlanta, pp. 31-40.
- NOVICK, P. (2005): *That Noble Dream. The «Objectivity Question» and the American Historical Profession*, Cambridge University Press, Cambridge.
- PAUL, H. (2004): «Metahistorical Prefigurations: Toward a Re-Interpretation of Tropology in Hayden White», *Journal of Interdisciplinary Studies in History and Archaeology*, 1, 2, pp. 1-19.
- PALLARES-BURKE, M.L.G. (2002): *The New History: Confessions and Conversations*, Polity-Blackwell, Cambridge y Malden.
- PALTI, E.J. (1998): «Giro Lingüístico» e historia intelectual, Universidad Nacional de Quilmes, Quilmes.
- RICOEUR, P. (1995): *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, Siglo XXI, Madrid.
- RORTY, R. (1991): *Objectivity, Relativism and Truth*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.
- (1989): *La Filosofía y el espejo de la naturaleza*, Cátedra, Madrid.
- ROSENSTONE (1988): «History in Images; History in Words/Reflectionsnon the Possibility of Really Putting History onto Film», *The American Historical Review*, 93, 5, diciembre 1988, pp. 1173-1185.
- RÜSEN, J. (1990): «Rhetoric and Aesthetics of History: Leopold Von Ranke», *History and Theory*, 29, pp. 190-204.
- RUNIA, E. (2006a): «Presence», *History and Theory*, 45, febrero, pp. 1-29.
- (2006b): «Spots of Time», *History and Theory*, 45, octubre, pp. 305-316.
- SIM, S. (1992): *Beyond aesthetics: confrontations with poststructuralism and postmodernism*, Harvester Wheatsheaf, Hempstead.
- (2004): *The Routledge companion to postmodernism*, Routledge, London & New York.
- SOKAL, A. y BRICMONT, J. (1999): *Imposturas intelectuales*, Paidós, Barcelona.
- SOUTHGATE, B. (1996): «History and Metahistory: Marwick versus White», *Journal of Contemporary History*, 31, 1, pp. 209-214.

- SPIEGEL, G.M. (2005): *Practicing History: new directions in historical writing after the linguistic turn*, Routledge, New York y Abingdon.
- SUKLA, A. CH. (2001): *Art and Representation. Contributions to Contemporary Aesthetics*, Greenwood Press, Westport.
- SUTERMEISTER, P. (2005): *Hayden White, History as Narrative: a Constructive Approach to Historiography*, GRIN Verlag, Norderstedt.
- TARNAS, R. (2008): *La pasión de la mente Occidental*, Atalanta, Barcelona.
- TOEWS, J. (1987): «Intellectual History after the Linguistic Turn», *American Historical Review*, 92, pp. 879-907.
- TOZZI, V. (2010): *Hayden White. Ficción histórica, historia ficcional, realidad histórica*, Prometeo, Buenos Aires.
- VANN, R.T. (1998): «The Reception of Hayden White», *History and Theory*, 37, 2, mayo, pp. 143-61.
- VATTIMO, G. (1990): «Postmodernidad: ¿una sociedad transparente?», en VATTIMO, G., y otros, *En torno a la Postmodernidad*, Anthropos, Barcelona.
- (1987a): *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura postmoderna*, Gedisa, Barcelona.
- (1987b): «Hermenéutica y Antropología», en VATTIMO, G., *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura postmoderna*, Gedisa, Barcelona.
- (1986): *Las aventuras de la diferencia*, Península, Barcelona.
- WEYMANS, W. (2004): «Michel De Certeau and the limits of historical representation», *History and Theory*, 43, pp. 161-178.
- WHITE, H. (2010): *The Fiction of Narrative: essays on history literature and theory, 1957-2007*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- (2004): «Respuesta a Arthur Marwick», *Historia Social*, 50, pp. 83-94.
- (2003): *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Paidós, Barcelona.
- (2000): *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- (1987): *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore & London.
- (1981): «Conventional Conflicts», *New Literary History*, 13, pp. 145-160.
- (1973): *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore & London.
- (1970): «Literary History: The Point of it All», *New Literary History*, 2, pp.173-185.
- WILLIAMS, E. (2003): *Representation theory*, MIT Press, Cambridge.
- WINDSHUTTLE, K. (2002): *The Killing of History. How Literary Critics and Social Theorists are Murdering Our Past*, Encounter Books, San Francisco.
- WINQUIST, CH.E. (1998): *Postmodernism: critical concepts* (4 vols.), Routledge, London.
- ZAGORIN, P. (2000): «Rejoinder to a Postmodernist», *History and Theory*, 39, pp. 201-209.

- (1999): «History, the Referent, and Narrative: Reflections on Postmodernism Now», *History and Theory*, 38, pp. 1-24.
- (1998): *Francis Bacon*, Princeton University Press, London.
- (1990): «Historiography and Postmodernism: Reconsiderations», *History and Theory*, 29, pp. 263-274.
- (1985): *Revueltas y Revoluciones en la Edad Moderna: I, Movimientos campesinos y urbanos*, Cátedra, Madrid.
- ZAMMITO, J. (2009): «Historians and Philosophy of Historiography», en TUCKER, A., *A Companion to the Philosophy of History*, Wiley & Blackwell, Chichester & Malden, pp. 63-84.
- (1998): «Ankersmit's Postmodernist Historiography: the Hyperbole of Opacity», *History and Theory*, 37, pp. 330-346.
- (1992): *The genesis of Kant's Critique of judgement*, Chicago University Press, Chicago.